

LUISA H. MARTINEZ

LENGUAJE

Y

LITERATURA

PARA LA
ENSEÑANZA
PRIMARIA



GRADO

30^{cts}
EN TODA LA
REPÚBLICA

EDITORIAL TOR

LENGUAJE
Y
LITERATURA



Este libro responde a los Programas aprobados por el H. Consejo Nacional de Educación el 17 de julio de 1939.

BIBLIOTECA DEL ESCOLAR

TOMOS PUBLICADOS

Para la enseñanza del CASTELLANO

1. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1r. gr. inf.
 2. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1r. gr. sup.
 3. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 2o. grado
 4. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 3r. grado
 5. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 4o. grado
 6. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 5o. grado
 7. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 6o. grado
-

34593

B. 1025

LUISA H. MARTINEZ

LENGUAJE Y LITERATURA
para la enseñanza primaria

6° GRADO

EDITORIAL TOR

Rio de Janeiro 760
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

1957

ES PROPIEDAD. — Queda
hecho el depósito que marca la
ley. — Copyright 1940, by
Luisa H. Martínez.

LENGUAJE

EJERCICIOS DE IDIOMA

GIROS CAUSALES

Se llaman así los “modos de expresar la causa de algo”.

Ejemplos:

Lo rechazaron por desatento.

Lo rechazaron porque era desatento.

Lo rechazaron porque desatendía.

Los acusados fueron absueltos porque no se les probó ningún delito.

Como no se les probó ningún delito, los acusados fueron absueltos.

Los acusados fueron absueltos, pues no se les probó ningún delito.

No habiéndoseles probado delito alguno, los acusados fueron absueltos.

Juanito no podrá venir a la fiesta porque está muy enfermo.

Como Juanito está muy enfermo, no podrá venir a la fiesta.

Juanito no podrá venir a la fiesta, pues está muy enfermo.

Juanito no podrá venir a la fiesta: está muy enfermo.

Juanito no podrá venir a la fiesta por estar muy enfermo.

GIROS TEMPORALES

Son expresiones que se refieren al tiempo.

Ejemplos:

Hace tiempo que no voy al teatro.

Cuando gane dinero viajaremos.

Hacía cerca de tres años que no veía a mi tío.

Durante el día trabaja.

Estuvimos con ella la semana pasada.

Mientras tenga fuerza para luchar, no me rendiré.

Mi madre veló *mientras* yo descansaba.

Cuando tú regreses, habré terminado mis tareas.

El labrador comienza a trabajar:

al amanecer

al alba

en cuanto alborea

apenas despunta el día

cuando amanece

al rayar el alba

al romper el día, etc.

GIROS COMPARATIVOS

Son modos o expresiones que se utilizan para establecer comparaciones y que pueden referirse a cualidades, acciones, etc.

Por ejemplo: La montaña es más alta que la sierra. Rojo como la sangre. Azul como el cielo.

Construir oraciones con los siguientes ejemplos:

- ... más alegre que unas pascuas.
- ... más viejo que Matusalén.
- ... más tímido que una liebre.
- ... más lento que una tortuga.
- ... más malo que Barrabás.
- ... más bueno que el pan.
- ... más amargo que la hiel.

- ... dulce como la miel.
- ... fuerte como un roble.
- ... sordo como una tapia.
- ... blanco como la nieve.
- ... negro como el carbón.
- ... manso como una oveja.
- ... inquieto como una ardilla.
- ... astuto como un zorro.
- ... claro como el agua.

- ... corre como una liebre.
- ... tiembla como una hoja.
- ... salta como un gamo.
- ... duerme como un lirón.
- ... brinca como una cabra.
- ... canta como un ruiseñor.
- ... chilla como un marrano.
- ... vaga como alma en pena.

Examinar en las oraciones siguientes, estableciendo los elementos que se comparan, las palabras que expresan la comparación, indicando si

es en sentido de igualdad, superioridad o inferioridad:

Roberto es tan generoso como su padre.

Esta casa tiene tantas habitaciones como la otra.

El enfermo está hoy como estaba hace una semana.

El enfermo está hoy lo mismo que hace una semana.

Tanto vales cuanto tienes.

El procedimiento ofrecía tantas ventajas como inconvenientes.

Roberto es más generoso que su padre.

Esta casa tiene más habitaciones que la otra.

Yo estudio más que tú.

Rubén gasta más de lo que gana.

Luis escribe más correctamente que ustedes.

Pescador de caña, más pierde que gana.

Roberto es menos generoso que su padre.

Esta casa tiene menos habitaciones que la otra.

Las entradas cuestan ahora menos que antes.

Dispongo de menos libros que tú.

Rubén gasta menos de lo que gana.

Luis hizo el trabajo con menos elementos que nosotros.

EJERCICIOS CON ANTONIMOS

Antónimos que se diferencian por las partículas *des* e *in*:

articulado y desarticulado
agraviar y desagraviar

cierto e incierto
confesable e inconfesable
civil e incivil
clemente e inclemente
completo e incompleto
digno e indigno
estable e inestable
exacto e inexacto
experto e inexperto
móvil e inmóvil
sociable e insociable
útil e inútil
agradable y desagradable
aseado y desaseado
atento y desatento
confiado y desconfiado
cortés y descortés
interesado y desinteresado
favorable y desfavorable
leal y desleal
ordenado y desordenado
ventajoso y desventajoso.

*ESCRIBIR ORACIONES CON LOS
SIGUIENTES ANTONIMOS*

acreedor - deudor
cobarde - valiente
alabar - censurar
loco - cuerdo
afirmar - negar
popular - impopular
mentiroso - veraz
pacífico - belicoso
virtuoso - vicioso

Ejemplo:

La suerte de la *fea*, la *hermosa* la desea. (Frase proverbial).

Según los casos, el antónimo de *viejo* puede ser *nuevo*, *joven* o *fresco*. Ejemplos:

Tengo una camisa *vieja*. Tengo una camisa *nueva*.

María es *vieja*. María es *joven*.

Eso es noticia *vieja*. Eso es noticia *fresca*.

EJERCICIOS CON PARONIMOS

El niño me *abrazó*. Se *abrasó* el pie con el calentador.

Pon el *as* de oros. El obrero llevaba un *haz* de leña.

Haz tus deberes. ¿*Has* estudiado tu lección?

Al buey por el *asta*, y al hombre por la palabra. (Refrán). Cuenta desde uno *hasta* mil.

El *aya* está en casa. La niña *halla* a su padre. El *haya* es un árbol. Ojalá *haya* fiesta en la escuela.

El jardinero tomó la *azada*. La perdiz *asada* me gusta.

Trae la *azuela*. El huracán *asuela* la región.

El *barón* y la baronesa. Juan es nombre de *varón*.

Compré un florero en el *bazar*. Pon ese vaso en el *vasar*.

Compré un *ciento* de naranjas. *Siento* tu desgracia.

Ayer llegó al puerto la *corbeta*. El brioso alanzán hizo una *corveta*.

El arriero *descincha* la yegüecita. El brazo se *deshincha*.

Cantó el *gallo*. *Gayo* es un adjetivo que significa alegre, vistoso.

El herrero *hierra* una mula. El niño *yerra* al decir eso.

María *hojea* un libro de cuentos. Luis *ojea* la caza.

La vaca *paco* en el prado. Dile a Juan que *pase*.

Compré un *pollo*. Sentémonos a descansar en ese *poyo*.

Hay un *poso* en el fondo del recipiente. Sacaron agua de un *pozo*.

El orador *resume* lo dicho anteriormente. El gobernador *reasume* el cargo.

El anciano tiene una cicatriz en la *sien*. En la reunión había *cién* personas.

Pon allí la *taza*. El agrimensor *tasa* el campo.

Use anteojos. Alcánzame el *huso*.

La cómoda está *vacía*. Chico, friega esa *bacía*.

Ese personaje era *valido* del rey. Oigo el *baldido* de las ovejas.

Deja allí ese *vaso* de agua. Al enfermo le dolía el *bazo*.

Dispénsame ese *yerro*. Dame ese *hierro*.

Bebí *zum*o de limón. Lo haré con *sumo* gusto.

HACER EJERCICIOS CON LOS SIGUIENTES PARONIMOS

Cocer la carne. *Coser* el vestido.
Casa. *Caza*.
Braceros para trabajar. *Braseros* para el fuego.
Mujer ciega. *Siega* la cosecha.
Yegua baya. Que se *vaya*. Salta la *valla*.
Expía la culpa. Es una *espía*. *Espía* por el ojo
de la cerradura.

VICIOS DE DICCIÓN

Forma correcta

Embarcación de remo.
Buque de vapor.
Motor de explosión.
Sentémonos.
Trajes a la medida.
Escapamos del peligro.
Asuntos por tratar.
Cartas por contestar.
Problemas por resolver.
Entró en la casa.
Con muebles o sin ellos.
Hace cinco días.
Aprobar sin reserva.
Medio enferma

Forma incorrecta

Embarcación a remo.
Buque a vapor.
Motor a explosión.
Sentémosnos.
Trajes de medida.
Escapamos al peligro.
Asuntos a tratar.
Cartas a contestar.
Problemas a resolver.
Entró a la casa.
Con o sin muebles.
Hacen cinco días.
Aprobar sin reservas.
Media enferma.

Ejemplos:

El músico tocaba un *instrumento de viento* (y no *a viento*).

El ladrón se *introdujo* en la sala. *Metióse* el

conejo en la cueva. Los exploradores *penetraron* en la selva (y no *a* la sala, *a* la cueva, *a* la selva).

Trabajo *gratis*. Lo digo *de veras*. El portillo fué abierto *ex profeso*. (Nunca *de gratis*, *en de veras*, *de ex profeso*).

Fuí *a casa de* Pedro (preferible a fuí *a lo de* Pedro. Nunca fuí *de* Pedro, voy *del* médico, etc.).

Mi casa es distinta *de* la tuya. Esto es distinto *de* aquello. (No distinto *a*).

Dales recuerdos a tus padres (y no *dale*).

El dominico sanó de su enfermedad (y no *se sanó*). Es *dominico* y no *domínico*.

En el mitin *hubo* varios heridos (y no *hubieron*).

En la mesa *puede haber* todavía restos de comida (y no *pueden haber*).

El año pasado *hizo* grandes calores (y no *hicieron*).

La niña llegó *medio enferma* (y no *media enferma*).

Me dijo eso de *puro tonta* (y no de *pura tonta*).

En esa tienda hay un gran *surtido de trajes* (y no *surtido en trajes*).

El viajero regresó (y no *se regresó*).

La vid estaba *en cierne*. El arreglo estaba *en cierne*. (Nunca *en ciernes*).

COMPOSICION



EJERCICIOS DE COORDINACION

Con *y, e, ni, pero, más, o, u* y *sino*.

Ejemplos:

Coordinación

Pedro trabaja.
Rodolfo trabaja.
Luis trabaja.

Pedro, Rodolfo y Luis
trabajan.

Vendo trajes.
Vendo sombreros.
Vendo guantes.

Vendo trajes, sombre-
ros y guantes.

Juan medita.
Diego escribe.
Isidoro juega.

Juan medita, Diego es-
cribe e Isidoro juega.

Yo no juego.
Tú no juegas.

Ni tú ni yo jugamos.

Oraciones coordinadas

Forma en que las des-
compondrá el alumno

La verdad adelgaza, *pe-
ro* no quiebra. (Refrán).

La verdad adelgaza.
La verdad no quiebra.

La zorra mudará los
dientes, *mas* no las mien-
tes. (Refrán).

La zorra mudará los
dientes.
La zorra no mudará
las mientes.

La meditación es buena,
pero la cavilación es ma-
la. (Nicolás Avellaneda).

La meditación es fue-
na.
La cavilación es mala.

El asno sufre la carga,
mas no la sobrecarga. (Re-
frán).

El asno sufre la carga.
El asno no sufre la so-
brecarga.

Un grano no hace gra-
nero, *pero* ayuda a su
compañero. (Refrán).

Un grano no hace gra-
nero.
Un grano ayuda a su
compañero.

Bien te quiero, bien te
quiero; *mas* no te doy mi
dinero. (Refrán).

Bien te quiero.
Bien te quiero.
No te doy mi dinero.

No quiero, no quiero,
pero échalo en el sombre-
ro. (Refrán).

No quiero.
No quiero.
Echalo en el sombre-
ro.

Sufriré hija golosa y
albendera, *mas* no venta-
nera. (Refrán).

Sufriré hija golosa y
albendera.
No sufriré hija venta-
nera.

Traté de dormir *pero*
en esta posada no se duer-
me. (Moratín, *El sí de las*
niñas).

Traté de dormir.
En esta posada no se
duerme.

Todo te haré, *mas* casa
con dos puertas no te
guardaré. (Refrán).

Todo te haré
Casa con dos puertas
no te guardaré.

COORDINACION CON "SINO"

No pido agua.
Pido vino.

No pido agua, *sino* vi-
no.

No voy al teatro.
Voy al cine.

No voy al teatro, *sino*
al cine.

EL USO DE "PERO" Y "SINO" SEGUN LA ACADEMIA

"*Sino*. Esta conjunción, dice la Academia, excluye enteramente lo afirmado en la primera de las dos oraciones que une, y contrapone siempre una oración afirmativa a otra negativa; *mas* y *pero* restringen la significación de la primera oración, que puede ser afirmativa o negativa, sin negarla del todo, y ampliando a veces su significación, como puede verse en los siguientes ejemplos: el dinero hace ricos a los hombres, *mas* no dichosos; le injurié, en efecto, *pero* él primero me había injuriado a mí; no los hizo Juan, *sino* Pedro; no quiero que venga, *sino* que no vuelva a ponerse delante de mí. En el último ejemplo parece que la conjunción *sino* enlaza dos oracio-

nes negativas, pero no es así, porque después de ella queda sobreentendida la afirmativa *quiero*, como si se dijese; no quiero que venga, sino *quiero* que no vuelva, etcétera”.

EMPLEO DE LAS VOCES “MÁS” Y “MAS”

Más es adverbio de cantidad.

Mas es conjunción adversativa. Equivale a *pero* (no lleva acento).

Más cura la dieta que la lanceta. (Refrán).

El buey traba el arado, *mas* no de su grado. (Refrán).

Quien *más* tiene, *más* quiere. (Refrán).

A casa de tu tía, *mas* no cada día. (Refrán).

Más vale algo que nada. (Refrán).

La traición aplace, *mas* no el que la hace. (Refrán).

Más triunfos, *más* coronas dió al prudente
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.
(*Epístola moral*).

PARALELOS

En literatura se llaman *paralelos* las comparaciones entre personas o cosas. Muy conocido es, por ejemplo, el paralelo entre San Martín y Bolívar.

Lucquin dice: “Cuando se oponen sistemáticamente dos cosas punto por punto se hace un paralelo”. Ejemplos:

Rivadavia y Rosas

“Rivadavia es abogado. Rosas, gaucho. Rivadavia crea la policía de la ciudad, independiente y autónoma. Rosas funda el espionaje. Rivadavia, la seguridad; Rosas, el peligro. Rivadavia, el guardián; Rosas, el verdugo.

Rivadavia intenta la organización de la realidad. Rosas coloca por sobre toda realidad una mitología: su mitología federal.

Rivadavia tiene bandera; Rosas, divisa. Y bien se comprende — porque palabras cantan — que la bandera une y la divisa divide...

Rivadavia es el gran reformador. Rosas, el restaurador”.

(Capdevila, *Las vísperas de Caseros*, cap. XV, titulado “Epílogo filosófico”).

El rico y el pobre

“Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico más comodidades y padece menos incomodidades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato; ¿saboréase en él más que el pobre con el común y tosco? Ni aun tanto; porque en éste, la paciencia con que se sienta a la mesa recompensa con ventaja aquel exceso. Yace el rico en colchones de pluma; pero ¿duerme más o mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que éste siempre se levanta alegre y gozoso, y aquél, muchas veces, se queja de que pasó la noche con inquietud. Defiéndese el rico con tapices, afelpados vestidos y gruesas paredes de los rigores del frío; pero observa que, con todo, se

queja más de la destemplanza de la estación dentro de su palacio, que el pastor cubierto de pieles en el monte..." (Benito Jerónimo Feijóo, *Teatro Crítico*).

EJERCICIOS DE ENUNCIACION

Leer en alta voz los siguientes ejemplos:

De la cima de la montaña descende en abombamiento ligero una ladera cubierta de verde. De la lejana sierra diríase que se ha desgajado una poderosa mole y ha avanzado por la llanura. Desde puntos opuestos de Segovia las cuatro ancianas negras y pajizas van avanzando lentamente. La noche descende lentamente sobre las cabañas de los pastores y sobre los palacios de los caballeros.

Al príncipe engañanle los lisonjeros; a los privados, los negociantes; a los señores, los mayordomos; a los ricos, los truhanes; a los presuntuosos, la ambición; a los prudentes, la confianza, y aun a todos juntos, la fortuna. Fué Catón en el consejo, prudente; en la conversación, manso; en el corregir, severo; en las mercedes, largo; en el comer, templado; en la vida, honesto; en lo que prometía, cierto; en lo que mandaba, grave, y aun en la justicia, inexorable.

Preguntas.

¿Le dejaremos recado, o será preferible esperarle? ¿Pasarán ustedes el verano en Madrid, o se marcharán a alguna playa? ¿Obedecería la

voluntad de su padre, o seguiría los impulsos de su corazón? ¿Permaneceremos impasibles ante los hechos, o nos dejaremos arrastrar por ellos? ¿Ha venido tu padre, o tu hermano? ¿Volverá usted mañana, o pasado mañana?

¿Qué significan esas palabras? ¿Qué es eso que dice la gente? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién puede asegurarlo? ¿Qué recuerda doña Isabel con ese suspiro? ¿Qué motivos he dado yo para que me ofendas? ¿Cuándo volveremos a verte? ¿Cómo desconocer sus grandes méritos? ¿Dónde está mi sombrero? ¿Con quién tengo el honor de hablar? ¿Para qué te compones tanto? ¿Adónde ha ido tu hermano? ¿Por qué se habrá enfadado?

Leánse las exclamaciones siguientes, que comienzan con una palabra por sí misma exclamativa.

¡Oh, ingratitud de los hombres! ¡Ah, señor marqués! ¡Vaya con la niña! ¡Cómo ha de ser! ¡Qué lástima! ¡Cuán desgraciado es! ¡Qué bonito cuadro! ¡Qué noche tan horrible! ¡Cuántas preguntas hace la amistad a la distancia! ¡Quién lo hubiera creído! ¡Cuántos sacrificios para tanta ruina! ¡Cómo te has puesto!

Obsérvese el siguiente pasaje de Echeverría

¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda! — ¡Enlaza, Sietepelos! — ¡Que te agarra, Botija! — ¡Va furioso! — ¡No se le pongan delante! — ¡Ataja, ataja, Morado! — ¡Déle espuela al mancarrón! — ¡Ya se metió en la calle sola! — ¡Que lo ataje el diablo! (*El matadero*).

ORTOGRAFIA



Familias de palabras con *h*.

(*hueso*)

huesa
huesarrón
huesecillo
huesezuelo

huesoso
huesosa
huesudo
huesuda

deshuesar.

(*huevo*)

hueva
huevero
huevera
hueverita

huevería
huevecito
huevecillo
huezuelo

huevar.

Las voces afines de hueso y huevo que no comienzan con el diptongo *ue* no llevan *h*.

(de hueso)

osecito	osero
osecillo	óseo
osecico	ósea
osezuelo	osificarse
osario	osificación.

(de huevo)

ovecico	óvalo
ovezuelo	oval
ovoide	ovalar
ovoideo	ovalado
ovoidea	ovalada.

Las palabras terminadas en *cida*, procedentes del verbo latino *caedere* (matar), se escriben con *c*.

homicida	matricida
filicida	uxoricida
fratricida	regicida
infanticida	tiranicida
parricida	insecticida.

Se escriben con *h* las palabras que comienzan con *hexa*, que en griego significa *seis*.

hexápodo	hexasépala
hexápoda	hexasílabo
hexapétalo	hexasílaba
hexapétala	hexámetro
hexasépalo	hexápeda.

De acuerdo con la ortografía académica solamente está permitido escribir *hexágono*, *hexágona*, *hexagonal*, *hexaedro*.

Las palabras procedentes del griego *algos* (dolor), terminadas en *algia*, se escriben con *g*.

adenalgia
artralgia
cardialgia
cefalalgia
coxalgia

gastralgia
odontalgia
otalgia
neuralgia
nostalgia.

ACENTO ORTOGRAFICO

El acento ortográfico indica la inexistencia del diptongo y del triptongo.

Diptongos

Amplia (grande)
hacia (ir hacia...)
seria (con seriedad)
venia (saludo militar)
tenia (lombriz)
sabia (mujer que sabe mucho)
secretaria (cargo)
regia (espléndida).

Falta de diptongo

amplía (de ampliar)
hacía (de hacer)
sería (de ser)
venía (de venir)
tenía (de tener)
sabía (de saber)
secretaría (sala o despacho del secretario)
regía (de regir).

PALABRAS MAL ACENTUADAS

Debe decirse clorofila y no clorófila.
cuadriga y no cuádriga
decano y no décano.
dínamo y no dinamo.
intervalo y no intévalo.
hipogrifo y no hipógrifo
manicura y no manícura.
poligloto y no políglogo.
pedicuro y no pedícuro.
telegrama y no telégrama.
tifoidea y no tifóidea.
zafiro y no záfiro.
neumonía y no neumonía.
policromo y no polícromo.

REGLAS DE ACENTUACION

AGUDAS

Las palabras agudas de más de una sílaba y terminadas en vocal se acentúan:

José — leyó — Perú — caminó
dominó — saltaré

Las agudas terminadas en consonantes no se acentúan.

reloj — merced — azahar
querub — torcer — Estambul
cenit — pared

Las agudas terminadas en las consonantes *n* o *s* se acentúan:

Bailén — *constitución* — *corazón*
Jesús — *saltarán* — *anís*

GRAVES

Las graves o llanas que terminan en vocal no se acentúan:

Jacobó — *España* — *bufete* — *como*
sala — *espejo* — *trabajo*

Las graves o llanas terminadas en *n* o *s* no se acentúan:

iris — *examen* — *crimen* — *virgen*
volumen — *Carmen* — *Carlos*
dosis — *gratis* — *campanas*

Las graves o llanas terminadas en cualquier consonante que no sea *n* ni *s*, se acentúan:

árbol — *mármol* — *ágil* — *ángel* — *carácter*
alférez — *mártir* — *débil* — *cárcel* — *César*
Fernández — *González* — *útil* — *cónsul*

ESDRUJULAS

Todas las palabras esdrújulas se acentúan:

máquina — *pájaro* — *música* — *árboles*
apéndice — *rápido* — *Sócrates* — *ángeles*

DIVERSAS REGLAS PARA EL USO DEL ACENTO

En las palabras agudas que tienen vocal fuerte seguida de una vocal débil acentuada, el acento se colocará sobre la vocal débil:

maíz — raíz — Raúl — Saúl
país — baúl

Las palabras llanas que terminan en dos vocales seguidas o no de *n* o *s* se acentúan en la primera vocal:

vería — poesía — acentúan
Jeremías — día — dúo — insinúan
pío — García — tenían — actúan

Las palabras graves que terminan en diptongo, lleven o no *n* o *s* final, no se acentúan:

sitio — parias — patria — delirio
fatuo — canoa — atestigua

No se acentúan los infinitivos de los verbos:

correr — trabajar — salir

Los adjetivos y participios graves o llanos terminados en *ido* o *ida* y con vocal antes de esa terminación se acentúan:

incluído — abstraído — obstruído
concluído — excluído

Los tiempos de verbo conservan su acento si lo tenían:

olvidóse — derrotólos — rindióme

En toda palabra compuesta, conservan el acento si lo tenían:

*vigesimoséptimo — cortésmente
inútilmente — monosílabos*

Los monosílabos, en general, no se acentúan:

*ser — son — he — soy — don
sol — luz — sin*

Los monosílabos que resultan pretéritos de verbos se acentúan:

dió — vió — fué

Los triptongos se acentúan en la vocal fuerte:

apreciéis — amortiguáis

Los términos latinos o extranjeros usados en castellano se acentúan:

*ítem — Wáshington
memorándum — accésit*

PALABRAS QUE EN ALGUNOS CASOS
SE ACENTUAN

el no se acentúa cuando es artículo.

Ej.: *el nene llora.*

él se acentúa cuando es pronombre.

Ej.: *él es bueno.*

tu no se acentúa cuando es adjetivo.

Ej.: *tu casa es hermosa.*

tú se acentúa cuando es pronombre.

Ej.: *tú no sabes la lección.*

de no se acentúa cuando es preposición.

Ej.: *caja de madera.*

dé se acentúa cuando es del verbo dar.

Ej.: *dé una limosna.*

se no se acentúa cuando es un pronombre.

Ej.: *no se considera oportuno.*

sé lleva acento si es del verbo ser o saber.

Ejs.: *yo sé la tabla de multiplicar.*
sé un hombre honrado.

mas no lleva acento si es conjunción.

Ej.: *mas cuando se acercó...*

más lleva acento cuando es adverbio.

Ej.: *Juan gana más que yo.*

si no lleva acento si es conjunción.

Ej.: *le dará si lo merece.*

sí lleva acento cuando es pronombre o adverbio.

Ejs.: *lo quiere para sí.*
contestó que sí.

solo no lleva acento cuando es *sustantivo* o *ad-*
verbio.

Ejs.: *un solo de violín.*
se quedó solo.

sólo lleva acento cuando puede reemplazarse por
solamente porque es *adverbio*.

Ej.: *él sólo sabe bailar.*
(*él solamente sabe bailar*).

mi no lleva acento cuando es *adjetivo*.

Ej.: *mi casa es nueva.*

mí lleva acento cuando es *pronombre*.

Ej.: *de mí, nada puede decir.*

este

ese

aquel no llevan acento cuando son *adjetivos*.

Ejs.: *este libro.*
ese caballero.
aquel muchacho.

éste

ése

aquél llevan acento si son *pronombres*.

Ejs.: *éste me prometió trabajar.*

aquél, es un mal alumno.

ése no quiere nada.

Cuando se usan afirmativa o interrogativamente las palabras *que, cuando, quien, cuanto, donde*, llevan acento:

Ejs.: *¿qué quiere?*

¿dónde está?

¿quién fuera millonario!

REGLAS ORTOGRAFICAS REFERENTES AL USO DE CIERTAS LETRAS

USO DE LA "B"

Usase la *b* en las sílabas inversas: abnegado, Job, abdera, querub.

Se usa *b* cuando forma sílaba con las consonantes *l* o *r*, o se encuentra delante de otra consonante: blanco, brazo, blusa, bruto; súbdito; objeto; abrir; absorber; etc.

Después de la consonante *m* se usa *b*: timbre, hombre, tambo, tiemblo, rombo, hambre, etc.

Llevan *b* todos los verbos terminados en *bir*: prohibir, sucumbir, escribir, recibir, apereibir, etc.; se exceptúan: servir, hervir y vivir.

Las palabras terminadas en *ba*, *bas*, *bamos*, *bais*, *ban*, *bilidad*, *bundo* se escriben con *b*: caminaba, caminabas; trabajábamos; saltabais; andaba; íbamos; ibais; iban; habilidad; divisibilidad; vagabundo, meditabundo. Se exceptúan: civilidad y movilidad.

USO DE LA "V"

Llevan *v* las palabras derivadas de los verbos andar, estar y tener: anduvo, estuvo, tuvo.

Los adjetivos terminados en *avo*, *ava*, *ave*, *evo*, *eua*, *eve*: octavo, leve, suave, nueva, breve.

Se exceptúan: árabe, bisílabo, trisílabo.

Llevan *v* muchos derivados del verbo ir: voy, vayamos, vayan, etc.

Las palabras que empiezan con *ll*, llevan *v*: llueve, llevaba, llave, etc.

Se usa *v* después de las consonantes *b*, *d* y *n*: inversión, advenimiento, subvenir, advertir, etc.

USO DE LA "C"

La letra *c* suena como *k* delante de las vocales *a*, *o*, *u*, y solamente puede confundirse con la *s* y con la *z* delante de la *e* y de la *i*.

Se usa *c* en los derivados de palabras que se escriban con *z* y cuando dicha letra viene a encontrarse delante de una *e* o de una *i*: nuez, nueces; pez, peces; de cazar viene cacemos, cacería; de abrazar, viene abraçe; de rezar, rece; de paz, pacificar, pacifista; de feliz, felices, felicitar; etc.

Llevan *c* muchas palabras terminadas en *er* e *ir*: conocer, satisfacer, deducir, padecer, producir, inducir, robustecer, etc.

USO DE LA "Z"

Se usa la *z* en los sustantivos que terminan en *izo* e *iza*, y que sirven para designar a las personas cuyo oficio es cuidar algo: porquerizo, caballero, nodriza, vaquerizo, etc.

Llevan también *z* todos los adjetivos terminados en *iza* y que expresan una propensión o inclinación: quebradizo, movedizo, resbaladizo, asustadizo, olvidadizo, antojadizo, etc.

Los sustantivos terminados en *zal* que designan lugares donde hay abundancia de alguna cosa llevan *z*: lodazal; barrizal; arrozal; cerezal; arbanzal, etc. Se exceptúan: fresal, yesal, cipresal.

Llevan *z* la mayor parte de las palabras terminadas en azgo: padrinzago, mayorazgo, almirantaz-

go, hartazgo, cardenalazgo, etc. Se exceptúan: pelasgo, trasgo, rasgo, asgo.

Se usa la *z* en muchísimas palabras terminadas en anza: cobranza; danza; labranza; matanza; panza; holganza; venganza; templanza; bonanza; enseñanza; crianza. Se exceptúan: descansa, gausa, cansa, mansa, remansa.

Llevan *z* las terminadas en ezno: viborezno, lobezno, berrezno, torrezno. La única excepción es fresno.

También llevan *z* las terminadas en az: fugaz, audaz, montaraz, eficaz, mordaz, rapaz, etc.

USO DE LA "M"

Se usa antes de las consonantes *b* o *p*: tambo, campana, símbolo, imposible, imperio, émbolo, embotellado, embutido, embestir, ambiguo.

Las palabras castellanas que usan *m* al final son muchas: álbum, ídem, máximum, ítem, maremágnum, memorándum, ultimátum, etc.

USO DE LA "N"

La letra *n* se usa antes de las consonantes *v* o *f*: invitar, convoy, envolvente, circunvecino, inversión, enfermedad, infinitamente, triunfar, inflado.

USO DE LA "S"

Deben escribirse con *s* las palabras que terminan en la sílaba sion, y que tengan relación con sus-

tantivos y adjetivos análogos que terminen en *so*, *sor*, *sorio*, *sivo*, *sible*: *diversión* (palabra relacionada con *diverso*), *omisión* (relacionada con *omiso*), *reprensión* (relacionada con *reprensible*), *ilusión* (relacionada con *ilusorio* e *iluso*), etc.

Los numerales terminados en *ésimo* y *ésima* llevan *s*: *vigésimo*, *trigésimo*, *milésimo*, *nonagésimo*. Se exceptúan los derivados de *diez*: *décimo*, *décimonono*.

Llevar *s* los superlativos terminados en *ísimo* o *ísima*: *pobrísimo*, *altísimo*, etc.

USO DE LA "H"

Se usa la *h* en los siguientes casos:

En todos los tiempos del verbo *haber*: *habrá*, *hubo*, *habido*, *habría*, *hubiese*.

En todos los derivados y compuestos de palabras que tengan *h*: *hortelano*, de *huerto*; *deshonrado*, de *honra*; *deshielo*, de *hielo*, etc. Se exceptúan los derivados de *huevo* (*ovoide*, *óvalo*); de *huevo* (*oquedad*); de *huérfano* (*orfandad*); de *hueso* (*osamenta*, *osario*).

Llevar *h* antes de *er* las siguientes palabras: *hermoso*, *heredero*, *herejía*, *hermandad*, *heroísmo*. No llevan *h*: *erguir*, *ermitaño*.

A excepción de *ornato*, se escribe *h* antes de *or*: *hortelano*, *horripilante*, *hormiga*, etc.

Antes de la sílaba *om*, llevan *h* las siguientes palabras: *homónimo*, *hombria*, *homenaje*, *homólogo*, etc. Se exceptúan: *omblijo*, *omnívoro*, *omnipotente*.

USO DE LA "R"

En ciertas palabras, la *r* tiene sonido suave: cara. En otras tiene sonido fuerte: rulo. En muchos casos el sonido fuerte se expresa con la *rr*: arrabal.

Se pronuncia la *r* con sonido fuerte al comienzo de palabra y también en medio de palabra, después de las consonantes *n*, *l*, *s*, *z*: enredadera, Enrique, alrededor, israelita, Gezrael.

Las palabras compuestas llevan *rr* cuando la segunda comienza con *r*: autorretrato (que viene de auto y retrato); contrarréplica (que viene de contra y de réplica).

USO DE LA "J"

La *j* se usa en las sílabas *ja*, *jo*, *ju*. Estas van siempre con *j* porque con la *g* sonaría *ga*, *go*, *gu*.

Llevan *j* las palabras terminadas en *jero*, *jera*: extranjero, viajero, pasajera, cerrajero. Se exceptúa: ligero.

Llevan también *j* las terminadas en *jería* y en *je*: relojería, cerrajería, tejería, personaje, homenaje, salvaje, traje. Se exceptúan: faringe, cónyuge, falange, laringe, esfinge, meninge, losange.

USO DE LA "G"

Se usa la *g* en los sonidos *ga*, *go*, *gu*, *gue*, *gui*, *güe*, *güei*: garabato, golosina, gota, gutural, guerra, guitarra, cigüeña, argüir.

Se usa *g* en las palabras que comienzan con las sílabas *gen*, *ger*, *gir*, *geo*: geometría, geología; geografía, giro, general, gente, germanófilo. Se exceptúan: crujir, tejer.

NOCIONES GRAMATICALES



NOCIONES MORFOLOGICAS Y SINTACTICAS

SUJETO LOGICO Y GRAMATICAL

Ya hemos estudiado que el sujeto es la persona o cosa de quien se dice algo; y que el predicado es lo que se dice del sujeto.

Ejemplo: El niño tiene buenos sentimientos.

El niño — es el sujeto

tiene buenos sentimientos — es el predicado.

El sujeto gramatical es la simple palabra que expresa la persona o cosa de que se habla.

Ejemplo: El soldado valiente triunfó en mil combates.

El soldado — es sujeto gramatical.

El sujeto lógico es el conjunto de palabras que expresan lo que está en nuestro pensamiento: *El soldado valiente*.

PREDICADO NOMINAL Y VERBAL

El predicado puede ser nominal o verbal.

El predicado es *nominal* cuando se expresa una cualidad atribuída al sujeto por medio del verbo *ser*:

La madera es resistente.

Tu padre fué un valiente.

El predicado es *verbal* cuando la acción o estado es expresado por un verbo:

Juan medita.

Belgrano creó la bandera.

NOCIONES SOBRE EL SUSTANTIVO

(Revisión)

Comunes: tierra, luna, casa, hombre, pirámide, dibujo, cielo, belleza, cerro, tijera, león, chaleco, letra.

(Se refieren a cosas o seres de la misma especie).

Propios: Alberto, Josefa, Beatriz, Miguel, Carlos, Buenos Aires, Tucumán, Argentina, América, Napoleón.

(Se refieren a seres o cosas determinadas).

Patronímicos: Son los que proceden de apellidos: Fernández, de Fernando; Rodríguez, de Rodrigo; Alvarez, de Alvaro.

Son *aumentativos* y *diminutivos* si aumentan o disminuyen su significación. Son *aumentativos*:

Hombrón (hombre grande).
Caserón (casa grande).
Pintorazo (un gran pintor).
Mujerona (mujer grande).

Son *diminutivos*:

Hombrecillo (hombre chico).
Mujercilla (pequeña mujer).
Librito (libro chico).
Manecilla (mano chica).
Jardincillo. Ramoncillo.
Almacencillo. Titulillo.
Hierbecilla.

Los sustantivos que indican la idea del desprecio de una cosa o ser, se llaman *despectivos*:

Gentuza (mala gente).
Filosofastro (un mal filósofo).
Casuchón (una casa fea).
Libraco (un libro despreciable).
Villorrio (pueblo pobre).

LOS SUSTANTIVOS ABSTRACTOS Y CONCRETOS

Son sustantivos abstractos aquellos que expresan nombres correspondientes a ideas que no tienen existencia material.

Ejemplos: belleza, verdad, bondad, inteligencia, carácter, voluntad, sabiduría, bien, utilidad, altura, honradez, etc.

Son sustantivos concretos los que expresan nombres de cosas o seres que tienen existencia material.

Ejemplos: reloj, aire, sol, traje, niño, flor, patio, jardín, autor, joven, libro, etc.

SUSTANTIVOS COLECTIVOS

Son los que en singular expresan idea de pluralidad.

Ejemplos: rebaño, majada, batallón, bandada, muchedumbre, enjambre, palomar, pelotón, tropilla, multitud, etc.

ADJETIVOS

Calificativos y determinativos

Los *calificativos* expresan cualidades:

Ejemplos: alto, bajo, bueno, malo, lindo, feo, gordo, flaco, fuerte, débil, inteligente, necio, tonto, hábil, genial, torpe, rápido, lento, hermoso, bondadoso, generoso, etc.

Los *determinativos* expresan o indican alguna situación del nombre y pueden ser: posesivos, demostrativos, indefinidos y numerales.

Posesivos: mi — tu — su
mío — tuyo — suyo.

Demostrativos: este — ese — aquel.

Indefinidos: alguno — ninguno
cualquiera — sendos.

Numerales (cardinales): uno, dos, tres, diez, cien, etc.

Numerales (ordinales): primero, segundo, tercero, etc.

Los *gentilicios* indican origen o procedencia, como ser: argentino, europeo, africano, uruguayo, etcétera.

USO DEL DISTRIBUTIVO SENDOS

Este distributivo (adjetivo) tiene sólo la forma plural y se usa para indicar distribución (uno para cada uno). Por ejemplo:

Los hombres venían en *sendos* caballos.
(Quiere decir cada uno en un caballo).

Tocaban los músicos en *sendas* guitarras. (Cada uno en una guitarra).

AMBOS

Es también un adjetivo numeral que señala, a la vez, dos cosas; significa *una y otro*. Por ejemplo:

Trabaja en *ambos* turnos.

ACCIDENTES DEL VERBO

Los accidentes del verbo son los siguientes: *modos, tiempos, número y personas*.

Los modos son cinco: *infinitivo, indicativo, imperativo, subjuntivo y potencial.*

El infinitivo enuncia abstractamente la idea del verbo sin indicación de número y personas: *jugar, trabajar, leer, ver, vivir.*

El indicativo expresa directamente la acción: Pedro *dibuja*; yo *pienso*; tú *caminas*.

El imperativo expresa la idea del verbo mandando, suplicando, rogando: *socorred* al necesitado; *venid* vosotros.

El subjuntivo expresa la idea del verbo sin afirmación o en forma condicional: *daría* si *tuviese*; *caminaría* si *pudiese*; *hubiere temido*.

El potencial expresa la idea de la acción como posible: se decía que *ganaríamos*.

Los *tiempos del verbo* son: presente, pretérito o pasado, y futuro.

El presente es uno solo; el pasado y el futuro se dividen en: *pretérito perfecto, pretérito imperfecto, pretérito pluscuamperfecto, pretérito indefinido, pretérito anterior, futuro imperfecto y futuro perfecto.*

Son simples o compuestos según que consten de una o más palabras: *trabajo* (tiempo simple); *he trabajado* (tiempo compuesto).

Los verbos tienen número *singular* y *plural* según se trate de una o más personas o cosas.

CLASIFICACIONES DEL VERBO

Por sus circunstancias al expresar la acción, los verbos se clasifican en:

Activos o *transitivos*, cuando la acción cae sobre una persona o cosa: *amar* a la *Patria*; *corregir* el error;

Neutros o intransitivos, si la acción no pasa de una persona o cosa a otra: nacer, meditar;

Reflexivos si la acción recae sobre la misma persona que la ejecuta: yo me paseo; tú te lastimas; él se preocupa;

Recíprocos si denotan cambio mutuo de acción: Luisa y Josefa se quieren; el agua y el vino se mezclan.

Auxiliares, que se emplean en la formación de los tiempos compuestos de los otros verbos: *ser* y *haber*: yo *he* pintado, nosotros *hemos* luchado, él *ha* mirado;

Impersonales si se refieren a acciones que no pueden ejecutar las personas:

Alborear	Diluviar
Amanecer	Escarchar
Anochecer	Granizar
Helar	Nevar
Llover	Relampaguear
Lloviznar	Tronar

Defectivos si carecen de algunos tiempos o personas: atañer, balbucir, abolir, soler, concernir.

Regulares si en todos sus tiempos y personas conservan letras radicales: *amar*, conserva las radicales *am*; *temer* (*tem*).

Irregulares si no conservan esas radicales: acertar, acierto; errar, yerro; acostar, acuesto.

Los verbos son *activos* cuando la persona o cosa, el sujeto, realiza la acción: escribe sobre papel; trabaja de noche.

Son *pasivos* cuando la acción recae sobre el sujeto: el león es temido; el niño fué premiado.

CONJUGACION COMPLETA DE UN VERBO
(Amar)

MODO INDICATIVO

Presente

<i>Yo</i>	amo
<i>Tú</i>	amas
<i>Él</i>	ama
<i>Nosotros</i>	amamos
<i>Vosotros</i>	amáis
<i>Ellos</i> ..	aman

Pretérito perfecto

<i>Yo</i>	he amado
<i>Tú</i>	has amado
<i>Él</i>	ha amado
<i>Nosotros</i>	hemos amado
<i>Vosotros</i>	habéis amado
<i>Ellos</i> ..	han amado

Pretérito imperfecto

<i>Yo</i>	amaba
<i>Tú</i>	amabas
<i>Él</i>	amaba
<i>Nosotros</i>	amábamos
<i>Vosotros</i>	amabais
<i>Ellos</i> ..	amaban

Pretérito pluscuamperfecto

<i>Yo</i>	había amado
<i>Tú</i>	habías amado
<i>Él</i>	había amado
<i>Nosotros</i>	habíamos amado
<i>Vosotros</i>	habíais amado
<i>Ellos</i> ..	habían amado

Pretérito indefinido

<i>Yo</i>	amé
<i>Tú</i>	amaste
<i>Él</i>	amó
<i>Nosotros</i>	amamos
<i>Vosotros</i>	amasteis
<i>Ellos</i> ..	amaron

Pretérito anterior

<i>Yo</i>	hube amado
<i>Tú</i>	hubiste amado
<i>Él</i>	hubo amado
<i>Nosotros</i>	hubimos amado
<i>Vosotros</i>	hubisteis amado
<i>Ellos</i> ..	hubieron amado

Futuro imperfecto

<i>Yo</i>	amaré
<i>Tú</i>	amarás
<i>Él</i>	amará
<i>Nosotros</i>	amaremos
<i>Vosotros</i>	amaréis
<i>Ellos</i> ..	amarán

Futuro perfecto

<i>Yo</i>	habré amado
<i>Tú</i>	habrás amado
<i>Él</i>	habrá amado
<i>Nosotros</i>	habremos amado
<i>Vosotros</i>	habréis amado
<i>Ellos</i> ..	habrán amado

MODO SUBJUNTIVO

Presente

<i>Yo</i>	ame
<i>Tú</i>	ames
<i>Él</i>	ame
<i>Nosotros</i>	amemos
<i>Vosotros</i>	améis
<i>Ellos</i> ..	amen

Pretérito perfecto

<i>Yo</i>	haya amado
<i>Tú</i>	hayas amado
<i>Él</i>	haya amado
<i>Nosotros</i>	hayamos amado
<i>Vosotros</i>	hayáis amado
<i>Ellos</i> ..	hayan amado

Pretérito imperfecto

<i>Yo</i>	amara o amase
<i>Tú</i>	amaras o amases
<i>Él</i>	amara o amase
<i>Nosotros</i>	amáramos o amásemos
<i>Vosotros</i>	amarais o amaseis
<i>Ellos</i> ..	amaran o amasen

Preterito pluscuamperfecto

<i>Yo</i>	hubiera o hubiese amado
<i>Tú</i>	hubieras o hubieses amado
<i>Él</i>	hubiera o hubiese amado
<i>Nosotros</i>	hubiéramos o hubiésemos amado
<i>Vosotros</i>	hubierais o hubieseis amado
<i>Ellas</i> ..	hubieran o hubiesen amado

Futuro imperfecto

<i>Yo</i>	amare
<i>Tú</i>	amares
<i>Él</i>	amare
<i>Nosotros</i>	amaremos
<i>Vosotros</i>	amareis
<i>Ellos</i> ..	amaren

Futuro perfecto

<i>Yo</i>	hubiere amado
<i>Tú</i>	hubieres amado
<i>Él</i>	hubiere amado
<i>Nosotros</i>	hubiéremos amado
<i>Vosotros</i>	hubiereis amado
<i>Ellos</i> ..	hubieren amado

MODO POTENCIAL

Simple o imperfecto

<i>Yo</i>	amaría
<i>Tú</i>	amarías
<i>Él</i>	amaría
<i>Nosotros</i>	amaríamos
<i>Vosotros</i>	amaríais
<i>Ellos</i> ..	amarían

Compuesto o perfecto

<i>Yo</i>	habría amado
<i>Tú</i>	habrías amado
<i>Él</i>	habría amado
<i>Nosotros</i>	habríamos amado
<i>Vosotros</i>	habrías amado
<i>Ellos</i> ..	habrían amado

MODO IMPERATIVO

Presente

Ama <i>tú</i>
ame <i>él</i>
amemos <i>nosotros</i>
amad <i>vosotros</i>
amen <i>ellos</i>

MODO INFINITIVO

<i>Infinitivo</i>	amar
<i>Gerundio</i>	amando
<i>Participio pasivo</i>	amado

DERIVADOS VERBALES:

EL GERUNDIO

El gerundio indica la idea del verbo en forma abstracta como un adverbio. Termina en *ando* e *iendo*: saltando, jugando, durmiendo, viviendo.

EL PARTICIPIO

Expresa la idea del verbo con la función de adjetivo y puede ser *activo* o *pasivo*.

Los activos terminan en *ante, ente, iente*: caminante, absorbente, perteneciente.

Los pasivos terminan en *ado, ido*: atado, de atar (1a. conjugación); comido, de comer (2a. conjugación); partido, de partir (3a. conjugación).

Hay muchos participios irregulares, es decir, que no terminan en *ado* ni *ido*. He aquí la lista con el verbo correspondiente:

Verbos — *Participios pasivos*

Abrir	Abierto
Absolver	Absuelto
Contrahacer	Contrahecho
Componer	Compuesto
Contraponer	Contrapuesto
Contradecir	Contradicho
Cubrir	Cubierto
Decir	Dicho
Devolver	Devuelto
Deponer	Depuesto
Describir	Descrito
Descubrir	Descubierto
Descomponer	Descompuesto
Desenvolver	Desenvuelto
Deshacer	Deshecho
Disponer	Dispuesto
Disolver	Disuelto
Encubrir	Encubierto
Envolver	Envuelto
Escribir	Escrito
Exponer	Expuesto
Hacer	Hecho
Imponer	Impuesto
Indisponer	Indispuesto

Inscribir	Inscrito
Interponer	Interpuesto
Imprimir	Impreso
Morir	Muerto
Oponer	Opuesto
Poner	Puesto
Posponer	Pospuesto
Predecir	Predicho
Presuponer	Presupuesto
Prever	Previsto
Proponer	Propuesto
Proscribir	Proscrito
Reponer	Repuesto
Rehacer	Rehecho
Resolver	Resuelto
Rever	Revisto
Revolver	Revuelto
Satisfacer	Satisfecho
Sobreponer	Sobrepuesto
Suponer	Supuesto
Trasponer	Traspuesto
Ver	Visto
Volver	Vuelto

EL PRONOMBRE

El pronombre se usa en la oración para reemplazar al nombre, evitando su repetición.

Los pronombres se dividen en: personales, posesivos, demostrativos y relativos.

Personales

Yo - tú - él - nosotros - vosotros - ellos

Poseivos

Mío - tuyo - suyo - nuestro - vuestro

Demostrativos

Éste - ése - aquél

Relativos

Qué - cuál - quién - cuyo

EL ADVERBIO

El *adverbio* generalmente aclara la significación del verbo. Si decimos: *la niña baila*, expresamos la acción que la niña realiza con el verbo *bailar*. Si agregamos una palabra y decimos: *la niña baila admirablemente*, hemos aclarado el significado del verbo. *Admirablemente* es un adverbio.

Por su sentido los adverbios pueden ser:

de tiempo: tarde - temprano - luego - antes - después, etcétera.

de lugar: allí - aquí - cerca - lejos - acá - encima, etcétera.

de modo: admirablemente - calladamente - principalmente - bien - mal, etcétera.

de cantidad: poco - mucho - más - menos, etcétera.

de afirmación: sí - efectivamente, etcétera.

de negación: no - jamás, etcétera.

FRASES ADVERBIALES

Se llaman así ciertos modismos adverbiales o frases destinadas a modificar la significación del verbo.
Ejemplos:

a hurtadillas
a ciegas
a tontas y a locas
en el acto
de sopetón
entre dos luces
de golpe y porrazo
sin ton ni son
a la buena de Dios
a diestra y siniestra
de repente, etcétera.

LA PREPOSICION

La preposición es una parte invariable de la oración que sirve para relacionar las palabras entre sí.

Si quiero relacionar, por ejemplo, las palabras *mesa* y *madera*, necesito emplear la preposición *de*: “mueble de madera”.

Las preposiciones pueden ser separables e inseparables.

Las separables son:

*a - ante - bajo - cabe - con - de - en - entre - hacia
hasta - para - por - sin - sobre - tras - etcétera*

PREPOSICION INSEPARABLE O PREFIJO

Las preposiciones inseparables reciben en lingüística el nombre de prefijos.

Los prefijos inseparables entran en la formación de palabras compuestas.

Los prefijos inseparables son los siguientes:

a	dis	o	sin
ab	epi	ob	so
abs	es	per	son
ad	ex	peri	sor
anti	extra	pos	sos
cis	i	pre	su
citra	im	preter	sub
de	in	pro	super
des	inter	re	sus
di	ir	res	trans
			ultra

Algunas palabras en que entran estos prefijos:

absorber - abstracto - anticristiano
transportar - ultramarino
subterráneo - supersensible

También se consideran como prefijos o partículas prepositivas a las siguientes voces que entran en la composición de muchas palabras:

Arc	Centi	Hecto	Poli
Arce	Circum	Kili	Proto
Arci	Circun	Kilo	Retro
Archi	Crono	Mili	Satis

Arz	Deca	Miria	Semi
Bi	Deci	Mono	Tri
Bis	Di	Omni	Uni
Biz	Equi	Pen	Vice
			Vi o Viz

Palabras en que entran:

bicolor
 arzobispo
 centímetro
 circunferencia
 decilitro
 equidistancia
 hectómetro
 monosílabo
 polivalente
 retrotraer
 semicírculo
 tripartito
 viceversa, etc.

LA CONJUNCION

La conjunción es una parte invariable de la oración que sirve para relacionar oraciones, ideas, etcétera.

Por ejemplo:

Ella *y* él trabajan.
 Es alto *pero* débil.
 El oro *o* la plata.
 Miguel *u* Oscar.
 No bebo *ni* fumo.

MODOS CONJUNTIVOS

Se llaman así conjuntos de palabras que hacen las veces de conjunción:

Ejemplos:

antes bien	no obstante
como quiera que	de igual modo
sin embargo	a pesar de
con tal que	por lo demás
dado que	por otra parte

Clasificación de la conjunción

Según la naturaleza de la relación las conjunciones pueden ser:

Copulativas (enlazan): *y - e - ni - que*.

Adversativas (expresan contrariedad u oposición): *mas - pero - empero - aunque - cuando - antes - sino - siquiera*.

Causales (expresan razón o motivo): *que - porque - pues que - supuesto que - puesto que*.

Continuativas (continúan la oración): *pues - además - otro sí - así que - además que*.

Comparativas (expresan comparación): *así que - como - de igual modo - del mismo modo - a la manera*.

Ilativas (expresan ilación): *conque - luego - por tanto - por consiguiente*.

Finales (expresan el objeto o fin): *para - por - porque - a fin de que - para que*.

LA INTERJECCION

La interjección es una parte invariable de la oración que bien puede considerarse como una ora-

ción entera (se le dice oración elíptica) porque aún siendo una palabra, expresa con energía y con vehemencia afectos de nuestra vida emocional, estados de ánimo.

La interjección no es el lenguaje de los fenómenos de la inteligencia, sino de los fenómenos del sentimiento.

Interjección viene del latín *interjectio*, que significa *arrojar* (es una oración arrojada dentro de otra oración).

Las interjecciones pueden ser: *propias*, *impropias* y *dobles*.

Son *propias* aquéllas que siempre expresan estados del ánimo, ya sea de alegría, tristeza, dolor, odio, asombro, admiración, sorpresa, etcétera.

Entre otras podemos citar las siguientes: ¡hola!, ¡ay!, ¡oh!, ¡ah!, ¡ojalá!, ¡cáspita!, etcétera.

Impropias son las que en ciertos casos hacen las veces de interjecciones y que pueden ser sustantivos y adjetivos:

¡salvaje!, ¡fuego!, ¡silencio!, ¡cuidado!, ¡bravo!
¡canastos!, ¡pardiez!, etcétera.

Son *dobles* las que aparecen repetidas para aumentar el significado:

¡hola, hola!, ¡vaya, vaya!

MODOS INTERJECTIVOS

Son locuciones compuestas de dos o más palabras y que hacen las veces de interjección.

Por ejemplo:

¡Bendito sea Dios!
¡Quita de ahí!
¡Mal haya!

LITERATURA

LA LECTURA

Su importancia, según Avellaneda

“Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal y puede decir, como el hombre de Terencio, que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?” (El libro y su lectura).

NORMAS PARA INTERPRETAR UNA PAGINA
LITERARIA, SEGUN ARTURO MARASSO

“Una narración, una descripción, un diálogo, obedecen a un plan, a una idea fundamental. Tratemos de descubrir esa idea, de seguir su desarrollo y ver cómo ha llegado el autor a expresarla.

¿Cuál es el carácter del trozo?

¿Qué es lo que quiso decir el autor?

¿Cómo lo dice?

¿Cómo ordenó las partes de su trabajo?

Imaginemos el combate de Don Quijote con los molinos de viento.

¿Cuáles son los personajes principales de esta narración?

¿Cómo ve el mundo Don Quijote?

¿Por qué lo ve así?

¿Cómo lo ve Sancho?

¿A qué se debe, ya que en su imaginación está contemplando Don Quijote los molinos como si fueran gigantes, que no le arredre el combate con tan desafiados monstruos?

¿Con qué clase de armas combate?

¿A quiénes pertenecieron?

¿Cómo eran estos molinos de viento?

¿Qué nueva significación les ha dado la posteridad?”

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Por Miguel de Cervantes Saavedra

IDEA DE LA OBRA

En el Quijote se propuso Cervantes ridiculizar los llamados libros de *Caballería*, donde se narraban con énfasis aventuras de caballeros andantes. Don Alonso Quijano, natural de la Mancha, es el protagonista de la obra. Quijano había perdido el juicio leyendo libros de caballería, hasta el punto de que se armó caballero para salir a recorrer el mundo buscando el triunfo de la justicia y el bien.

Por eso Quijano, es decir don Quijote, intervenía en cualquier asunto donde creía necesario *desfacer agravios* y *enderezar entuertos*, o sea poner derechas las cosas torcidas, hacer justicia, castigar la in nobleza, el mal, la cobardía.

Don Quijote recorre el mundo montado en un caballo escuálido, su *Rocinante*, acompañado como todos los caballeros andantes por un *escudero*, el gordo Sancho Panza, que hacía contraste con el ilusionismo de don Quijote, oponiendo su criterio simple, práctico y realista.

Cervantes publicó la primera parte del Quijote en 1605. La segunda parte apareció diez años después, y

se asegura que Cervantes no la hubiera publicado a no ser por la aparición de una segunda parte publicada por otro autor con el seudónimo de Avellaneda.

La figura del Quijote se considera como una de las más bellas y sublimes creaciones artísticas de la humanidad.

CAPITULO VIII

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel camino, y así como don Quijote los vió, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren a treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es una buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? — dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves — respondió su amo, — de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced — respondió Sancho — que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece — respondió don Quijote — que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo

Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes que ni oía las voces de su escudero Sancho ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios! — dijo Sancho. — ¡No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho — respondió don Quijote; — que las cosas de la guerra, más que otras,

están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede — respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios — dijo Sancho, — yo lo

creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad — respondió don Quijote; — y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar — respondió Sancho; — pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así, le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que, por entonces, no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudiando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre

unos árboles, y de uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

RECUERDOS DE PROVINCIA

Por Domingo Faustino Sarmiento

IDEA DE LA OBRA

Las obras completas de Sarmiento comprenden cincuenta y dos nutridos tomos, lo que significa una labor gigantesca. De entre todas sus obras se destaca la que denomina "Recuerdos de Provincia", por ser un libro en gran parte de carácter sentimental.

Es lo que se llama una "autobiografía", donde el autor relata los principales acontecimientos de su vida.

Sarmiento se vió precisado a escribir ese libro, a los efectos de destruir la leyenda que los partidarios de Rosas habían inventado y que lo presentaba como un hombre sin antecedentes, aventurero y traidor.

En "Recuerdos de Provincia" Sarmiento demuestra toda la nobleza de su humilde origen. Habla de su infancia, de la humilde casa en que nació, de la madre cariñosa y ejemplar que guió sus primeros pasos, de su padre, honrado arriero, de sus hermanas, de su tío José de Oro, el sacerdote que orientó su educación, de su noble maestro Ignacio Rodríguez, director de la Escuela de la Patria.

Hay en esa obra dos capítulos realmente enternecedores: "La historia de mi madre" y "El hogar paterno".

¡Con cuánto cariño recuerda a su santa madre doña Paula Albarracín y nos la muestra debajo de la "pa-

triarcal higuera" trabajando incansable en el telar!

En "El hogar paterno" describe la vieja casona que aún se conserva: el patio, la higuera, la huerta, los rosales, etc.

Describe en esta obra muchas escenas pintorescas de su niñez; habla de sus compañeros Chuña, Piojito, Velita, Capotito, con los que jugaba a las guerillas en la plaza.

Nos relata en forma notable la escena en la cual las hermanas resuelven descolgar de la sala dos cuadros que representaban a dos santos dominiecos, para trasladarlos al dormitorio. Decían las hermanas que los cuadros ya no se usaban en la sala; la madre, devota de los dos santos, consideró esa acción de sus hijas como una herejía.

Conmover es también el episodio de la higuera, cuando las hermanas de Sarmiento resuelven suprimirla del patio, derribándola a hachazos, con el pretexto de que ocupaba mucho sitio.

En resumen, "Recuerdos de Provincia" es un libro en el que Sarmiento es el biógrafo de sí mismo; donde habla de su infancia, su familia, su educación, su vida en Chile, etc.

Verdaderos *recuerdos*, en los que el autor, con estilo sobrio, preciso y elocuente, narra pormenores interesantes de su propia vida.

LA HISTORIA DE MI MADRE

Capítulo XIV

Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la

puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus "Confidencias", que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego al ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el advenimiento de la república. Para los efectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se ha leído páginas como las de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida esta vindicación contra las injusticias de la suerte. ¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la obscuridad del abismo que no debe ser oscuro, se mezclaban qué sé yo a qué absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: ¡Mi madre había muerto! Escribí esa noche a mi familia, compré quince días después una misa de "requiem" en Roma, para que la cantasen en su

honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas, e hice el voto y perseveraré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas de presentarme en mi patria un día y decirles a Benavides, a Rosas, a todos mis verdugos: "vosotros también habéis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no manchéis un acto de piedad filial. ¡Dejadme decir a todos quién era esta pobre mujer que ya no existe!" Y, ¡vive Dios! ¡que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aún muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos. ¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto sólo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos.

EL HOGAR PATERNO

Capítulo XV

I

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en

varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaban antes de salir el sol para anunciarnos que

un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi madre, su contribución de temporadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia, en que lucharon porfiadamente las nuevas ideas.

En el resto de sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales.

Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre el que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo abrigado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florecientes.

Así se realizaba en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre

pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones con la violencia que se haría de dejarlas, al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena proporción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas

haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tuestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

II

Ideas de regeneración y de mejora personal ¡quién lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas a la edad en que la mujer siente que su existencia está vinculada a la sociedad, que tiene objeto y fin esa existencia, empezaron a aspirar las partículas de ideas nuevas, de belleza, de gusto, de comfortable, que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución.

Las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre era una cuestión económica, a la par que afectaba su corazón profundamente. ¡Ah! si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía o neutral o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad

madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué este un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tie-

rra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia!

MI EDUCACION

Capítulo XVI

A la historia de la familia se sucede como teatro de acción y atmósfera la historia de la patria. A mi progenie, me sucedo yo; y creo que siguiendo mis huellas, como las de cualquier otro en aquel camino, puede el curioso detener su consideración en los acontecimientos que forman el paisaje común, accidentes del terreno que de todos es conocido, objetos de interés general, y para cuyo examen mis apuntes biográficos, sin valor por sí mismos, servirán de pretexto y de vínculo, pues que en mi vida tan destituída, tan contrariada y sin embargo tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver rotarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas, y lacerándose a cada tentativa contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada.

Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo, y mi padre se había lanzado en la Revolución y mi madre palpitado todos los días con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana. Balbuciente aún, empezaron a familiarizar mis ojos y mi lengua con el abecedario, tal era la pris

con que los colonos, que se sentían ciudadanos, acudían a educar a sus hijos, según se ve en los decretos de la Junta gubernativa y los otros gobiernos de época. Lleno de este santo espíritu, el gobierno de San Juan, en 1816, hizo venir de Buenos Aires unos sujetos dignos por su instrucción y moralidad de ser maestros en Prusia, y yo pasé inmediatamente a la apertura de la escuela de la patria, a confundirme en la mesa de cuatrocientos niños de todas edades y condiciones que acudían presurosos a recibir la única instrucción sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias. Permanecí nueve años, sin haber faltado un solo día bajo pretexto ninguno, que mi madre estaba allí para cuidar con implacable severidad de que cumpliese con mi deber de asistencia. A los cinco años de edad leía correctamente en voz alta con las entonaciones que sólo la completa inteligencia del asunto puede dar, y tan poco común debía ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oírme leer, cosechando grande acopio de bollos, abrazos y encomios, que me llenaban de vanidad. Aparte de la facilidad natural de comprender, había un secreto detrás de bastidores que el público ignoraba, y que debo revelar para dar a cada uno lo que le corresponde. Mi pobre padre, ignorante, pero solícito de que sus hijos no lo fuesen, aguijoneaba en casa esta sed naciente de educación, me tomaba diariamente la lección de la escuela, y me hacía leer librotos abominables que no he vuelto a ver, y que me han dejado en el espíritu ideas confusas de historia, alegorías, fábulas, países y nombres propios. Debí, pues, a mi padre la afición a la lectura, que ha hecho la ocupación

constante de una parte de mi vida, y si no pudo después darme educación por su pobreza dióme en cambio por aquella solicitud paterna el instrumento poderoso con que yo, por mi propio esfuerzo, suplí a todo llenando el más constante, el más ferviente de sus votos.

¡Siendo alumno de la escuela de lectura, construyóse en uno de sus extremos un asiento elevado como un solio, a que se subía por gradas, y fui yo elevado a él, con el nombre de primer ciudadano!

Dábanme además una superioridad decidida mis frecuentes lecturas de cosas contrarias a la enseñanza, con lo que mis facultades inteligentes se habían desenvuelto a un grado que los demás niños no poseían. En medio de mi abandono habitual, prestaba una atención sostenida a las explicaciones del maestro, leía con provecho, y retenía indeleblemente cuanto entraba por mis oídos y por mis ojos. Contó en una serie de días el maestro la preciosa historia de Robinson, y repetíala yo, tres años después, íntegra, sin anticipar una escena, sin olvidar ninguna.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.



LA NOVELA DE UN NOVELISTA

Por Armando Palacio Valdés

IDEA DE LA OBRA

El autor dice en uno de los párrafos de este libro:
"Todo niño es feliz si una mano brutal no se interpone

entre él y la felicidad. Sólo en la niñez somos sabios: el odio es odio, el orgullo es orgullo y la justicia es justicia. Por eso escribo la historia de mi infancia, porque sólo entonces me encuentro original y sincero”.

“La novela de un novelista” es la historia de la infancia y la adolescencia del autor. Es pues una obra dedicada especialmente a los niños.

El libro comprende treinta y ocho capítulos, todos realmente encantadores e interesantes por la gracia con que cuenta sus impresiones de niño y sus diversas aventuras.

En “Adán en el Paraíso” nos refiere sus andanzas por la hermosa huerta “llena de ciruelas, cerezas y otros frutos deliciosos”.

Describe el paisaje del lugar donde nació, con palabras elocuentes y sentidas: “Los prados siempre verdes, circundados de avellanos, surcados por inmensos arroyuelos, causan una impresión idílica de paz y contento. Pero las suaves colinas que lo limitan, cubiertas de espesos castañares, surgen ya con un sentimiento de fuerza, como una majestuosa armonía que no turba la paz de nuestro espíritu”.

Al hablar de Oviedo, bella ciudad española, recuerda sus calles pintorescas y especialmente su torre, de la que dice: “Es la más esbelta, la más armónica, la más primorosa de cuantas existen en España”.

Con emocionado lenguaje refiere su vida de escolar, sus cantos por las calles de Avilés, la figura de algunos de sus compañeros, etc.

Bello libro, magistralmente escrito, contiene sugerencias sanas para los niños y enseñanzas provechosas para los grandes.

LA VARA DE FALARIS

Capítulo XIII

Si mi amigo Leoncio perteneciese todavía al número de los vivos, dudo mucho que nadie osara

recordarle el incidente que voy a narrar. Nada más fácil que saliese de su empresa con las narices hinchadas, como habían salido por otros motivos Manolín el chocolatero, Pepín el hijo del carnicero, y su hermano Ciriaco.

Pues mi amigo Leoncio, a pesar de su rostro mofletudo y plácido, era, cuando montaba en cólera, un ser furibundo y pernicioso y poseía unos puños que infundían respeto a toda la escuela de don Juan de la Cruz.

¿Quién no recuerda en Avilés a este don Juan de la Cruz tan modesto, tan melifluo, tan pulcro? ¿Quién no recuerda a aquel hombrecillo pálido, de cabellos lacios, de ojos negros guarnecidos de largas pestañas que apenas se alzaban del suelo con expresión tímida y humilde? Enseñó las primeras letras a tres generaciones y murió a los ochenta años, declinando un pronombre relativo. Sosegado, grave, silencioso, atravesaba el salón de la escuela sin que nos diéramos cuenta de su presencia hasta que lo teníamos encima. La expresión apacible de su rostro no se turbaba jamás: no recuerdo haberle visto enfurecido. Un esbozo de sonrisa se dibujaba casi constantemente en sus labios. No era más que un conato de sonrisa que comenzaba en el ángulo izquierdo de la boca y allí se detenía sin pasar jamás al derecho. Rara vez nos miraba a la cara; nos hablaba ceremoniosamente de usted, y cuando nos reprendía, lo hacía siempre en voz baja, con los ojos puestos en el suelo, como si se estuviera confesando de alguna falta. Nos tajaba las plumas, que eran de ave en aquella época; nos echaba tinta en los tinteros, nos corregía las planas con la mayor modestia y compostura, y cuando llegaba el caso,

que llegaba con harta frecuencia, con la misma modestia y compostura empuñaba su vara y nos sacudía de lo lindo. Era un hombre tan modesto, que cuando nos zurraba la piel, parecía que nos estaba haciendo reverencias.

Las varas que empleaba para esta operación delicada eran generalmente de avellano y se las proporcionaban los mismos chicos de la escuela, hijos de labradores que residían en los alrededores de la villa. Eran muy apropiadas para levantar-nos la piel y hacernos ver las estrellas. Recuerdo que en cierta ocasión en que me hallaba dulcemente entretenido en frotar un botón de bronce contra el pupitre hasta ponerlo bien caliente y luego aplicarlo a las manos de los compañeros que tenía cerca, sentí en la espalda y en la nuca la impresión de cien botones de fuego. Me volví y vi a don Juan que me sacudió cortésmente otros seis lapos y me dijo después, con voz dulce como el soplo de la brisa entre las flores:

—Hijo mío, aplíquese al estudio y déjese de fútiles entretenimientos.

Pero estas varas tenían, como todas las cosas de este mundo, una ventaja y una desventaja. Para don Juan tenían el inconveniente de que se concluían pronto y necesitaba renovarlas, lo cual no siempre era fácil porque los chicos aldeanos, con pretextos más o menos fundados, se resistían algunas veces a proporcionarlas. En cambio para nosotros poseían la ventaja de que muy pronto se les quebraban las puntas, y entonces ya no ceñían la carne y su golpe era menos doloroso. Así que los chicos más despejados procurábamos cuidadosamente no estrenarlas, porque entonces, y sólo entonces, poseían toda su virtud maléfica. Cuan-

do las veíamos bien despuntadas, nuestra conducta empezaba a relajarse.

Mi amigo Leoncio, que era un chico de gran talento y además complaciente y servicial como pocos, quiso obviar el inconveniente que ofrecían las varas de avellano para el maestro. Pensando constantemente en ello como Newton en la gravitación universal, acertó al cabo con la solución. La caída de una manzana sugirió al pensador inglés la idea de la fuerza de atracción. La vista de una ballena del corsé de su mamá iluminó repentinamente el cerebro del mofletudo Leoncio. Exploró un día y otro día el desván de su casa, donde se amontonaban mil cachivaches. Al cabo tropezó con una ballena delgada y redonda y del tamaño aproximadamente de las varas que don Juan de la Cruz empleaba.

Leoncio se sintió feliz desde aquel momento. No hay nada que dilate el alma tanto como un descubrimiento imprevisto. Desempolvó la famosa ballena, la envolvió esmeradamente en papeles de seda y sujetó estos papeles con una cuerdecita. Al día siguiente, sin duda para dar mayor solemnidad al acto, procuró retrasarse un poco para llegar tarde a la escuela. Y cuando ya estábamos todos acomodados en nuestros bancos y el maestro allá en el fondo sentado detrás de su mesa, he aquí que aparece nuestro Leoncio con aquel extraño objeto en la mano, atraviesa erguido y sosegado el vasto salón y, acercándose a la mesa del maestro, deposita en ella gravemente su tesoro. Hecho lo cual, con la misma solemnidad se dirigió a su sitio y se sentó.

Una ardiente curiosidad se apoderó de todos nosotros. ¿Qué sería aquello? ¿Un regalo? Hubo

alguno que imaginó que sería un caramelo monstruoso, semejante a los que nosotros chupábamos con delectación en cuanto teníamos algún dinero para comprarlo. Don Juan comenzó también a examinarlo con curiosidad antes de desenvolverlo. Al fin se decidió a quitarle los papeles, y poco después quedó al descubierto la preciosa ballena.

Nuestra estupefacción fué enorme; pero nuestra indignación fué aún mucho mayor. Cincuenta pares de ojos se clavaron furibundos en el mofletudo Leoncio. Si estos ojos fueran dardos venenosos como los de las abejas, el mofletudo Leoncio hubiera perdido allí mismo la vida. Un sordo rumor, temeroso, corrió por toda la escuela. Si se analizase este rumor se vería inmediatamente que estaba compuesto de doscientos “¡miserable!”, trecientos “¡cochino!” y lo menos quinientos “¡indecente!”

Leoncio se mantenía sosegado y satisfecho, sin advertir el éxito extraordinario de su regalo. O si lo advertía, aparentaba mostrar que le tenía sin cuidado. Don Juan seguía examinando atentamente el famoso caramelo. Al cabo profirió con su voz meliflua.

—Leoncio, hijo mío, tenga usted la bondad de venir un momento.

Leoncio acudió solícito. Don Juan se levantó de la silla con calma, y sujetándole por el cuello le aplicó un cumplido vardaseazo. Leoncio dejó escapar un grito de dolor. A este grito respondimos nosotros con un rugido de alegría. Don Juan (¡Dios le bendiga!) secundó el golpe, y con su acostumbrada modestia le estuvo solfeando un buen rato. Mientras duraba la operación parecía hablarse a sí mismo, y le oímos murmurar:

—En efecto: es flexible... Es sólida... Se ciñe admirablemente.

¡Vaya si se ceñía! Que lo digan las nalgas del pobre Leoncio, que seguía chillando como un condenado mientras nosotros respondíamos a sus lamentos con bárbaras carcajadas.

Cuando a don Juan de la Cruz le pareció bien probada la flexibilidad y la solidez del nuevo instrumento, soltó al sujeto de la experiencia y le dijo con voz suave y mirando, como siempre, humildemente al suelo:

—Hijo mío, en tiempos muy antiguos existía en la ciudad de Agrigento, en la Italia meridional, un tirano que se llamaba Falaris. Este tirano era tan cruel que se complacía en atormentar de mil maneras a todos aquellos que tenían la desgracia de no complacerle. Sucedió que uno de sus cortesanos, por captarse su benevolencia, le hizo regalo de un toro de bronce hueco donde se podía meter a la persona que se quisiera hacer morir atormentada. Debajo de este toro de bronce se encendía una hoguera, y el desdichado que estaba dentro, al comenzar a asarse, dejaba escapar terribles gritos que, al pasar por el cuello y la boca del toro, semejaban los rugidos de esta fiera... Falaris quedó prendado de tan ingenioso artefacto, y después de dar las gracias a quien se lo había regalado no se le ocurrió otra cosa mejor que ensayarlo metiendo dentro de él al propio inventor.

Hizo una pausa don Juan, y dando una cariñosa palmadita a Leoncio en las llorosas mejillas, le dijo:

—Así, pues, muchas gracias, hijo mío, por este

precioso regalo. Aplíquese el cuento y váyase a su sitio.

ARMANDO PALACIO VALDES.



ORACION A LA BANDERA

Nicolás Avellaneda.

Esta bandera es la bandera de la Nación; y pueblos compuestos de millones y millones de hombres libres seguirán inclinando la frente a su paso hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy, y en su futura y portentosa grandeza.

¡Vamos ahora a cobijarnos todos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar bajo su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos que le fueron prometidos por Belgrano al desplegarla victoriosa sobre su cuna!



LA VIDA ES SUEÑO

Por Pedro Calderón de la Barca

IDEA DE LA OBRA

Es una obra teatral de carácter filosófico, donde mediante una ingeniosa trama el autor trata de demostrar que lo real y lo soñado a veces se confunden, llegando hasta afirmar, alegóricamente, se entiende, lo que su título dice: la vida es un sueño.

Los personajes principales de la obra son: Basilio, rey de Polonia; el príncipe Segismundo, su hijo; Astolfo y Estrella, sus sobrinos, etc.

La trama es la siguiente: los hados han vaticinado al rey Basilio que su hijo, el príncipe Segismundo, será fatal para su destino.

El rey entonces decide anunciar que su hijo ha muerto, y para que así se crea lo hace desaparecer encerrándolo en una torre en medio de un monte; la torre es custodiada por obeliscos. Segismundo pasará su vida pobre y olvidado en ese encierro, ignorando su verdadero origen.

Entre tanto, Astolfo y Estrella aspiran a suceder al tío Basilio en el trono. Pero después de cierto tiempo, el rey Basilio resuelve traer a su hijo Segismundo al palacio para revelarles su secreto y ver en qué forma reaccionan.

A los efectos de que Segismundo piense que su vida en el encierro de la cárcel no era más que un sueño, el rey ordena a Clotaldo que vaya a la torre y haga beber a Segismundo un licor con opio para adormecerlo. Una vez dormido lo llevan al palacio y lo acuestan en el lecho real.

“Pues aunque ahora se vea
obedecido y después
a sus prisiones se vuelva,
podrá entender que soñó
y hará bien cuando lo entienda;
porque en el mundo, Clotaldo,
todos los que viven sueñan”.

Cuando Segismundo despierta y se ve en el lecho real, no puede creer en semejante realidad; y al oír que él es el príncipe heredero de Polonia, se enfurece y quiere dar muerte a todos.

El rey Basilio cree entonces que el vaticinio es cierto; su hijo sería un rey cruel y decide entonces encerrarlo de nuevo en la torre.

Allí, creerá que ha soñado

...“pues estamos
en un mundo tan singular
que el vivir sólo es soñar”.

Pero ocurre después que un grupo de soldados se sublevan contra Clotaldo, a quien no desean como rey, y acuden a la cárcel a libertar a Segismundo. Este se pone al frente de las tropas y va al encuentro de Basilio para luchar contra él.

Segismundo triunfa en la pelea, y al encontrarse con su padre derrotado se arrodilla ante él, demostrando que en su naturaleza bravía y fiera se ha operado un cambio.

El rey reconoce la actitud del hijo y acepta su coronación.

JORNADA PRIMERA

(Abrense las hojas de la puerta y descúbrese a Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre).

Segismundo

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;

aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
¿qué más os pude ofender,
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
o ramillete con alas
cuando las etéreas alas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:
y teniendo yo más alma
¿tengo menos libertad?

.....

Rosaura

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)
más pobre y triste que yo?

Y cuando el rostro volvió
halló la repuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

JORNADA SEGUNDA

Segismundo

...pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe;
y en ceniza le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!):
¿qué hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,

y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¡Qué es la vida? Un frenesí.
¡Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.

PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN

Han pasado cien años, y la aurora de la inmortalidad se levanta a la vez sobre una cuna y una tumba, como esos dobles resplandores polares, que en medio de la noche devuelven al ecuador, en forma de coronas de fuego, las luces magnéticas que se condensan en los extremos del mundo y de las edades.

Celebramos hoy el primer centenario del Gran Capitán de la América Meridional, el general José de San Martín, nacido en Yapeyú, muerto en Boulogne - Sur - Mer, y glorificado en los tiempos por sus hechos.

Al afirmar en sus sienes la corona de hierro de los libertadores, fundida con los eslabones de la cadena rota por su espada, vamos a tomarle cuentas en presencia de su posteridad hasta de la última moneda de cobre que pasó por sus manos, para aquilatar así el metal de sus estatuas y determinar la liga del barro humano y del espíritu etéreo de su naturaleza.

En el general San Martín el rasgo primordial, la cualidad generatriz de que se derivan y deducen las que constituyen su carácter moral, es el genio de la moderación y del desinterés, ya sea que medite, luche, destruya, edifique, mande, obedezca, abdique o se condene al eterno ostracismo y al eterno silencio.

Concibió grandes planes políticos y militares, no para satisfacción de designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana.

Organizó ejércitos, no a la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal de los caudillos, sino bajo las leyes austeras de la disciplina, en nombre de la Patria, y para servir a la causa de la comunidad.

Peleó, no por el amor estéril de la gloria militar, sino para hacer triunfar una idea de todos los tiempos.

Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que en ellas viviesen y se perpetuasen hombres libres.

Mandó, no por ambición, sino por necesidad y por deber, y mientras consideró que el poder era en sus manos un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto.

Fué conquistador y libertador sin fatigar a los pueblos por él redimidos con su ambición o su orgullo.

Administró con pureza el tesoro común, sin ocuparse de su propio bienestar, cuando podía disponer de la fortuna de todos sin que nadie pudiese pedirle cuentas.

Abdicó el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su misión ha-

bía terminado y que otro podía continuarla con más provecho de la América.

Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios y en holocausto a su causa.

Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y esto pensando en los demás; pasó sus últimos años en la soledad, sin rechazar la calumnia ni desafiar la injusticia, y murió sin quejas cobardes en los labios y sin odios amargos en el corazón.

He ahí el rasgo original que sus cuentas de gastos pondrán en evidencia desde un nuevo punto de vista, en presencia de nuevos documentos.

El general San Martín pertenecía a esa austera escuela del deber contemporáneo y de la fiscalización póstuma, y al cabo de cien años él puede presentarse a su posteridad con su cuenta corriente en regla, pidiendo el finiquito de ella, en vista de lo que recibió, de lo que gastó y de la herencia de gloria que legó a sus hijos.

Y las cifras mudas de esa cuenta se alzarán de la tumba como testigos irrefutables, que declaren en lenguaje matemático que San Martín no sólo fué un gran hombre sino, principalmente, un grande hombre de bien.

Ellas dirán que su educación nada costó a su Patria; que el Rey quedó debiendo a su padre los sueldos de teniente gobernador de Misiones; que a la edad de doce años se bastó a sí mismo, en tierra extraña; y que su madre, al enviudar, decía de él que era "el hijo que menos costo le había traído". Hijo barato, como después fué héroe barato, su madre natural como su madre cívica, só-

lo le dieron de su seno la leche necesaria para nutrir su fibra heroica.

Vino a su Patria hombre formado y con una reputación hecha en largos trabajos; costó su viaje para ofrecer su espada a la Revolución americana, y al pisar, pobre y desvalido, las playas argentinas, traía en su cabeza la fortuna de un mundo.

Ahora van a hablar los números.

San Martín está en la Patria, de que se había ausentado en la niñez.

Nombrado en 1812 comandante de Granaderos a caballo, con ciento cincuenta pesos de sueldo, cedió al Estado la tercera parte de él para los gastos públicos.

General en jefe del ejército del Perú, lo sirvió con el sueldo de coronel ganado en San Lorenzo.

Gobernador de Cuyo en 1814, con tres mil pesos de sueldo, donó la mitad de él mientras durase la guerra con los españoles.

Para la subsistencia del Ejército de los Andes se destinaron al principio cinco mil pesos mensuales, que desde agosto de 1816, es decir, cinco meses antes de atravesar la Cordillera, se elevaron a ocho mil pesos. De ahí en adelante, este ejército vivió a costa de los pueblos libertados por él.

En el mismo año de 1816, nombrado general en jefe del Ejército de los Andes, con seis mil pesos anuales, se le continuaron descontando ciento sesenta y seis al mes, por donativo voluntario, y ochenta por asignación, quedándole disponibles únicamente doscientos cincuenta y cuatro para sus gastos militares y personales.

La escena cambia. El Ejército de los Andes ha atravesado la Cordillera y ha vencido en Chaca-

buco. San Martín es el libertador de Chile, y dueño de todos sus tesoros. El 14 de febrero de 1817 entra triunfante en la capital de Santiago, rehusa el mando supremo que se le ofrece y es alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que tenían poco que guardar.

Desde febrero de 1817 hasta agosto del mismo año invirtió en su palacio, familia militar, obsequios, chasques, servidumbre, mesa, coches, caballos, frailes, monjas, limosnas, ropas, muebles, vajilla, luces, forrajes, combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de tres mil trescientos treinta y siete pesos, seis y un cuartillo reales, o sean cuatrocientos setenta y seis al mes, según cuenta que llevaba su capellán el P. Juan Antonio Bouzá. De esta cantidad cuatrocientos sesenta y un pesos con dos y medio reales fueron oblados por el Gobierno de Chile; cuatrocientos por la comisaría del ejército de los Andes y los dos mil cuatrocientos setenta y seis pesos restantes, de su propio peculio.

En el transcurso de estos siete meses que hemos anotado con cifras, hizo San Martín un viaje a Buenos Aires, con el objeto de concertar la expedición a Lima. El gasto más considerable que con tal motivo hizo, creemos que fué una mula de paso para pasar la Cordillera.

El Cabildo de Santiago puso a su disposición la cantidad de diez mil pesos en onzas de oro, rogándole los emplease en gastos de viaje. El general contestó aceptando el regalo, pero destinándolo a la formación de una biblioteca pública en Chile diciéndole: "La ilustración es la llave que abre las puertas de la abundancia". Y pudo

agregar: "la economía de los dineros públicos, lo que las asegura".

Fué en aquella ocasión cuando el Gobierno argentino decretó una pensión de cincuenta pesos a favor de la hija de San Martín, con lo cual pudo más adelante ayudar a su educación.

De regreso a Chile, fué sorprendido en Cancha Rayada. El bravo Las Heras se le presentó a los pocos días con el uniforme hecho pedazos, trayéndole la tercera parte del ejército salvado por él en aquella noche infausta. El general dió orden de que se le entregase la mejor casaca de su guardarropa: ¡su mejor casaca estaba remendada!

Al abandonar para siempre, en 1822, las playas del Perú, sacó por todo caudal ciento veinte onzas de oro en su bolsillo; y por únicos expolios, el estandarte con que Pizarro esclavizó el Imperio de los Incas y la campanilla de oro con que la Inquisición de Lima reunía su tribunal para enviar sus víctimas a la hoguera.

El general San Martín llegó a Chile triste, vomitando sangre.

Postrado por la enfermedad y lastimado por la ingratitude, pasó sesenta y seis días en cama, hospedado por amistad en una quinta de los alrededores de Santiago, a inmediaciones del famoso llano de Maipo.

El Gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió dos mil pesos a cuenta de sueldos.

Le dimos en vida nuestra enseña revolucionaria para combatir, los principios de nuestro credo político para hacerla invencible, nuestros soldados para triunfar, nuestro oro y nuestra sangre para gastos de la independencia del Sur de América, los medios, en fin, de conquistar fama im-

perecedera haciendo el bien; y le dimos, por toda recompensa pecuniaria, una casa, un medio sueldo durante cinco años, una pensión de cincuenta pesos para su hija, cinco mil pesos de regalo y un pasaporte gratis para marchar al destierro.

Además, hemos pronunciado en su favor, después de su muerte, el fallo "verdadero" a que él apeló de la injusticia de sus contemporáneos.

Le hemos dado la gloria que se propaga en los tiempos por el vehículo consciente de los hombres libres, consolidando la existencia de una Nación republicana destinada a vivir y tener una misión en la tarea humana, inscribiendo así su nombre en el catálogo de los héroes cosmopolitas.

Hemos fundido su estatua en el bronce de la inmortalidad, que no puede confundirse con el metal impuro que se vacía en moldes vulgares.

Hemos rehabilitado su personalidad moral, así en el orden político y militar, como en los dominios oscuros de la conciencia individual.

Hemos reparado el olvido en vida, le hemos honrado en muerte, y confiamos a los venideros la debida reparación póstuma.

Por último, celebramos hoy su apoteosis en su primer centenario — el primero que se celebra entre nosotros — y de hoy en adelante, mientras la tierra argentina produzca hombres libres, mientras el sol de nuestra bandera no se eclipse, mientras lata en ella un solo corazón y vibre un labio que repercuta sus generosos latidos, el nombre de San Martín continuará glorificado de siglo en siglo.

BARTOLOME MITRE.



DISCURSO DE LA BANDERA

En nombre del pueblo argentino abandono a la contemplación de los presentes la estatua ecuestre del general Belgrano, y lego a las generaciones futuras en el duro bronce de que está formada, el recuerdo de su imagen y de sus virtudes.

¡Que la bandera que sostiene su brazo flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves y a la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa!

Todos los capitanes pueden ser representados como en esta estatua tremolando la enseña que arrastra las huestes a la victoria.

En el caso presente, el artista ha conmemorado un hecho casi único en la historia, y es la invención de la bandera con que una nueva Nación surgió de la nada colonial, conduciéndola el mismo inventor, como Porta Estandarte.

Nuestro signo, como Nación reconocida por todos los pueblos de la tierra, ahora y por siempre, es esa Bandera, ya sea que nuestras huestes trepen los Andes con San Martín, ya sea que surquen ambos océanos con Brown, ya sea, en fin, que en los tiempos tranquilos que ella presagió se cobije a su sombra la inmigración de nuevos arribantes, trayendo las Bellas Artes, la Industria y el Comercio.

Tal día como hoy el general Belgrano, en los campos de Tucumán, con esa Bandera en la mano, opuso un muro de pechos generosos a las tropas españolas, que desde entonces retrocedie-

ron y no volvieron a pisar el suelo de nuestra Patria, siendo nuestra gloriosa tarea, de allí en adelante, buscarlas doquiera; conservasen un palmo de tierra en la América del Sur, hasta que por el glorioso camino de que Chacabuco y Maipú fueron sólo escalones nos dimos la mano en Junín y Ayacucho con el resto de la América, independiente ya de todo poder extraño.

Y sea dicho en honor y gloria de esta Bandera. Muchas repúblicas la conocen como salvadora, como auxiliar, como guía en la difícil tarea de emanciparse. Algunas se fecundaron a su sombra; otras brotaron de los jirones en que la lid la desgarró. Ningún territorio fué, sin embargo, añadido a su dominio; ningún pueblo quedó absorbido en sus anchos pliegues; ninguna retribución exigida por los grandes sacrificios que nos impuso.

En la vasta extensión de un continente entero, no siempre son claros y legibles los términos que Dios y la naturaleza imponen a la actividad de las grandes familias humanas que pueblan la tierra. ¿Cuál es la extensión de la que cubre hoy y protege nuestra Bandera?

La República Argentina ha sido trazada por la regla y el compás del Creador del Universo. Ese anchuroso río que nos da nombre es el alma y el cerebro de todas las regiones que sus aguas bañan.

Puerta de esta América que abre hacia el ancho mar que toca el umbral de todas las naciones, por ahí subirán aguas arriba con la alta marea del desarrollo las oleadas de hombres, de ideas, de civilización que acabarán por transformar el desierto en nación, en pueblo. Aquí, en

estas playas, han de cambiarse los productos de tan vasta hoya, de tantos climas, por los que hayan en todo el globo preparado siglos de cultura y la lenta acumulación de la riqueza. Aquí ha de hacerse la trasmutación de las ideas: aquí se amalgamarán las de todos los pueblos; aquí se hará la adaptación definitiva, para aplicarse a las nuevas condiciones de la existencia de pueblos nuevos sobre tierra nueva.

No hablo del porvenir. Es ya, este sueño de nuestros padres, un hecho presente.

He ahí, en esos millares de naves, nuestros misioneros hasta el seno de la América. Ved ahí, en la masa de este pueblo, el ejecutor de la grande obra, acudiendo de todas partes a alistarse en nuestras filas, y por el trabajo, la industria, el capital, las virtudes cívicas hacerse miembro de la congregación humana que lleva por enseña en la procesión de los siglos hacia el engrandecimiento pacífico, la Bandera biceleste y blanca.

Esta bandera cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas expresa. Las naciones hijas de la guerra levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad, un laurel para las nobles virtudes: he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres, y lo que hemos venido cumpliendo

nosotros como República, y harán extensivo a todas estas regiones, como Nación, nuestros hijos.

Hasta la exclusión del sangriento rojo, del blasón de todos los pueblos; hasta el color celeste que no tiene escritura propia en la heráldica, se avienen con la idea dominante en este emblema.

Las fajas celestes y blancas son el símbolo de la soberanía de los reyes españoles sobre los dominios, no de España, sino de la corona, que se extendían a Flandes, a Nápoles, a las Indias; y de esa banda real hicieron nuestros padres divisa y escarapela, el 25 de Mayo, para mostrar que del pecho de un rey cautivo tomábamos nuestra propia soberanía como pueblo, que no dependió del Consejo de Castilla, ni de ahí en adelante dependería del disuelto Consejo de Indias.

El general Belgrano fué el primero en hacer flotar a los vientos la Banda Real, para coronarnos con nuestras propias manos soberanos de esta tierra, e inscribirnos en el gran libro de las naciones que llenan un destino en la historia de nuestra raza. Por este acto elevamos una estatua en el centro de la plaza de la Revolución de Mayo al general Porta Estandarte de la República Argentina.

DOMINGO, FAUSTINO SARMIENTO.

LA ESCUELA

Era tiempo de abrir las cartillas, abandonadas tantas veces a medio deletrear: la escuela nos llamaba a aprovechar la tranquilidad y la paz

en sus bancas humildes. Nuestra madre nos hizo trajes nuevos, y nos puso corbatas para presentarnos al maestro, hombre de semblante duro y terco pero de alma sensible y cariñosa, lo propio para hacerse respetar y querer de su enjambre inculto, pues no éramos otra cosa los flamantísimos escolares. En tantas tentativas contra el primer libro algo había conseguido yo aprender; cada una de mis maestras dejó en mi inteligencia una letra del abecedario, y allí, sometido al método y a la disciplina, pronto pude leer de corrido y hacerme el predilecto de mi preceptor. — “Es claro — decían mis compañeros — si ha entrado sabiendo la cartilla porque la estudió en otra parte, y no es hazaña aventajarnos”. Si hubieran conocido mi historia, no habrían sido tan injustos. Yo no les llevaba más ventaja que unas cuantas letras y muchos cartones rotos, agujereados siempre en el Cristo, punto en que se armaba la camorra entre la maestra y los discípulos, bajo los corredores de la estancia del Huaço. A medida que avanzaban mis conocimientos, la escuela iba siéndome más simpática; apostábamos entre mis hermanos y yo a quién se levantaba más temprano, y recuerdo haber ido algunas veces a dormir el último sueño sentado en el umbral del aula, mucho antes del amanecer, esperando que se abriera la puerta. Agujíoneábanos el interés de los premios finales, las recomendaciones del maestro a mi padre, los elogios tributados en la clase y la esperanza de tener pronto en nuestras manos unos libros con láminas de color, en que leían los más adelantados; y sentíame rebosante de orgullo cuando por encima de sus hombros

podía leerlos yo también, aunque estaban en letras más pequeñas que las del mío.

Pocos años más tarde cambiamos de maestro, y estudiábamos ramos de memoria; la escuela se trasladó a un espacioso edificio situado en la plaza de la iglesia. El nuevo profesor sabía mucho y halagaba nuestro entusiasmo con fiestas frecuentes, en las cuales pronunciábamos discursos escritos por algún amigo de la familia, sin hacer de la trampa gran misterio. Mucho era, en efecto, conseguir que recitáramos aquello delante de la gente, y yo delante de mi padre, a quien le tenía miedo, porque luego, en casa, se burlaba de mis actitudes oratorias. No sabía cómo mover los brazos, ni para qué servía esto; los sentía pegados, metía las manos en los bolsillos o entre los botones del chaleco, me tiraba las puntas de la chaqueta, cruzaba los pies y encogía una pierna, y todo esto mientras recitaba como una exhalación el trozo aprendido, alusivo casi siempre al término de nuestras fatigas anuales, a la confraternidad entre condiscípulos y el respeto al maestro y a los padres, quienes se sacrificaban para sacarnos de las "tinieblas de la ignorancia" — así solían decir mis discursos —.

Era de verse la clase de lectura — nuestro desahogo — porque el profesor nos señalaba largas páginas de "La conciencia de un niño", para tener tiempo de almorzar cómodamente en las piezas interiores donde vivía. Quedábamos solos, entregados a nosotros mismos, sin rey ni Roque, sin miramiento y sin respetos para nadie, ni siquiera para los bancos del gobierno, que pagaban la fiesta. Tan pronto conveníamos en leer todos a

un tiempo la misma cosa, como a quién gritaba más fuerte. La lectura comenzaba en tono moderado, pero iba aumentando en intensidad y rapidez hasta que hacíamos un solo borrón, sin que el diablo pudiera entendernos; allá saltaba uno sobre una banca para dominar desde arriba, por lo menos, a los otros, ya que no pudiera con la voz; aquí se encaramaba otro sobre la mesa del maestro, y revistiendo su autoridad motu proprio, e imitando su gesto, gritaba como un clarinete destemplado:

—¡Silenciooooo...!

El entusiasmo, el vértigo, mejor dicho, subía de punto; y ya volaban cuadernos, libros, puñados de papel, lápices, tinteros llenos y vacíos, sobre el usurpador osado que se permitía representar, siquiera fuese en caricatura, la menor idea de orden en aquella asamblea de demonios sueltos. Otros se trababan en pugilato sobre los asientos, y rodaban trezados como Aniel y la serpiente por el suelo polvoroso y aventadizo de la clase, pisoteado todos los días por más de cien muchachos; otros mal inclinados abrían el “oyito” en el piso y se ocupaban de jugar a la “quema” con bolitas de cristal pintorreadas por dentro, o de piedra, que eran las más estimadas porque con éstas se rompían las otras; y de repente salía braman-do un trompo, que luego su diestro lo hacía bailar en la palma de la mano, o lo tiraba sobre la cátedra, muda e impávida ante tamaños ultrajes, para que “escribiera” sobre los papeles del maestro. La baraúnda era diabólica, de golpes, risotadas, carreras y gritos de orden y de respeto, que eran los más sensatos que se oían. De pron-

to llegaba un muchacho despavorido y con los ojos por reventársele, y gritaba en la puerta: — ¡El maestro! — y entonces era un encanto el vernos a todos quietecitos en nuestras bancas leyendo en voz baja, pero sin advertir que los despojos dispersos, las roturas, la tinta derramada y las caras encendidas y empapadas en sudor, estaban delatando el infernal barullo.

Inútiles eran las inquisiciones y las pruebas para descubrir a los promotores del escándalo; las conjuraciones comienzan desde allí a tener ese carácter sombrío, que les vale el éxito contra los gobiernos buenos o malos; las autoridades subordinadas se conjuraban también, por lo menos para callar o abstenerse; de lo contrario, nada bueno les esperaba a la salida; toda la arena de la plaza era insuficiente para llover sobre ellos como arma de venganza. Además, como todos negaban su participación, había que condenar a todos; y aquí el problema grave que después, en la política, he visto reproducirse: cuando todo el pueblo se uniforma para producir un hecho contra la autoridad aislada, ¿quién tiene la razón? Nosotros la teníamos siempre, eso sí, después de una amonestación, más bien cariñosa que dura, porque, a decir verdad, excepción hecha de esos momentos de holganza, siempre nos portábamos bien, haciendo lucir al profesor en los exámenes, para los cuales invitaba a todo lo mejor de la villa.

Cuando llegaron a mis manos la historia argentina, la geografía y la gramática, me contaba dichoso, desbordante de alegría y de amor propio halagado. Doña Juana Manso, Asa Smith y Herrans y Quiroz no sabían que yo me los devoraba todas las tardes sobre la tapia de la viña,

recorriéndola de punta a cabo; y era raro el caso de que hubiera ido y vuelto las tres cuadras sin tener bien sabido de memoria el párrafo más estirado. Ese era mi gabinete de estudio, y la hora, la del crepúsculo. En todo lo largo de la pared de tierra apisonada, seguía por entre una avenida de rosales que derramaban sus flores en mi camino, estimulando mi imaginación y mi inteligencia con ese aroma suave de las rosas comunes que servían de ropaje a la tapia.

Siento no poder contar iguales proezas de la aritmética: toda mi vida fué ella el nudo de donde no pasé, y la causa de las sombras que cayeron muchas veces sobre mi reputación de estudiante. Así hay organizaciones refractarias al número, y la mía es de éstas, no lo puedo negar; en cambio, mi espíritu vuela cuando sale de esas marañas de fórmulas y de signos, hechos para que unos sumen y multipliquen, y otros resten y dividan. Así es la ley humana del trabajo, de la acumulación y de la herencia. Tal vez fué providencial mi aversión a las cuatro reglas originarias de las ciencias exactas, porque nunca tuve en qué aplicarlas; y cuando he podido mostrar mis conocimientos matemáticos, no hallé elementos ni para la operación más simple. ¡Bendito sea Dios que no me puso esa afición a sumar y a multiplicar, porque me he librado en este mundo de impulsiones irresistibles que tantas felicitaciones procuran a los mortales!

Pero debo decir quién era el maestro. Algunos han de leer estos recuerdos, y quiero que esos sepan que debo a ese hombre una gratitud inmensa. Me enseñó mucho, y me hizo comprender cuál era el destino del hombre que estudia, y eso

basta, aunque de su escuela hubiese salido sin saber siquiera cuánto hacen tres más dos. Tenía — tiene, porque aun vive — unos ojos pequeños, movedizos y chispeantes, frente abultada, labios gruesos y barba escasa, alta estatura, delgado de cuerpo, temperamento nervioso, signo casi siempre de viveza intelectual; hablaba rápido, medio confuso, con voz aguda y estriada como la de una flauta rota. Ejercía dominio sobre nosotros, porque nos gritaba fuerte y no se equivocaba en las explicaciones; amaba nuestra tierra hospitalaria, y cada 25 de Mayo y 9 de Julio nos hacía fiestas que nunca he de olvidar.

Tenía este hombre la facultad extraordinaria de entusiasmarnos por todo, y las fiestas patrias celebrábanse con ardor, aun en medio del más riguroso invierno. Con algún tiempo de anticipación nos ordenaba mandar coser nuestros trajes de chaqueta celeste y pantalón blanco, para asistir a la plaza a saludar al sol naciente. Ensayábamos todos los días en coro el Himno Nacional, preparábamos discursos y algunas veces nos ejercitaba en el manejo de las armas. La víspera nadie dormía; pasábamos la noche en claro, revolviendo la ropa de la fiesta, y por temor de dormirnos y faltar a la llamada del cuartel general: la plaza de la escuela. Ya estamos de pie, el agua está congelada, hace un frío de cortar las carnes, no amanece y están cayendo gruesos capullos de nieve. No importa, vamos: ya ha sonado la llamada y no podemos ser los últimos.

Al asomar a la calle, el suelo está alfombrado de tapiz blanco, terso, finísimo, como que está cayendo del cielo, y nuestros pies se hunden en él mientras corremos a la formación y mientras

nuestros corazones laten con la ansiedad de la expectativa. El tambor toca asamblea sin cesar, hasta que el último soldado ocupa su claro en la fila, y entonces la llamada termina con un redoble vigoroso, digno del veterano que sólo empuña los palillos los días de la patria. Ya estamos todos: la guardia nacional, armada de fusiles grandes, de chispa, ocupa la cabecera de la columna; en seguida nosotros, el batalloncito blanco y celeste, alineado correctamente, de manera que nuestros trajes uniformes parecen una bandera estirada, tiritando de frío y dando diente con diente, las manos insensibles y los pies como si fuesen de hielo. No importa: el pequeño batallón no defecciona; está firme, rectificando la línea de formación y atento a la voz del jefe, el maestro, que también tiritita como nosotros, y por eso le queremos y le obedecemos.

—¡Armas al hombro! ¡Media vuelta! ¡Paso redoblado! ¡Mar...!

Una banda de músicos aficionados nos precede, tocando trozos marciales que nos encienden en bélico entusiasmo; las piernas se mueven con perfecta simultaneidad; no se altera la formación por el frío, ni por tropiezos; de todas las bocas salen columnas de vapor como de calderas hirvientes, mientras a marchas forzadas el ejército se dirige a la plaza. El sol de invierno, después de una noche de intenso frío, se levanta con sus lumbreras apagadas dejando ver solamente un inmenso globo rojo, como masa de hierro encandecida, y se anuncia con un leve destello que va a dorar la cúspide del Famatina. Las nubejillas madrugadoras que han ido a agruparse por verle salir, se tiñen de oro pálido y se ribetean de fuego.

Ellas nos anuncian la aparición majestuosa, cuando su tinte se convierte en llama; nuestros pechos se agitan como fraguas; ya aparece el punto rojizo sobre la sierra que lo vela a nuestra vista; el viejo tambor siente correr una lágrima por las mejillas y ahoga el llanto con un redoble frenético, una diana que conmueve y electriza a la tropa; la banda de música empieza la introducción solemne, y nuestras cien gargantas le envían el saludo armonioso, al mismo tiempo que las descargas de la fusilería recuerdan las primeras de la Independencia.

¡Oh, sol de mi patria, con cuánta grandeza y sublimidad apareces sobre las altas cumbres de la América, de cuyos habitantes primitivos fuiste Dios y Genio protector, fuente purísima de sacrificios, de heroísmos y de amores inmortales! ¡Cuán imponente y avasalladora es tu presencia, allí donde reina la madre naturaleza, donde son templos las selvas vírgenes, donde los cóndores parecen símbolos de destinos ideales, oscurecidos por nubes sangrientas! Te he visto tantas veces asomar la faz centelleante al rumor de los himnos infantiles, sobre el valle humilde y el hogar bendito de mis padres, que hoy núblanse mis pupilas recordando que en todo aquel cuadro que iluminabas entonces, sólo hay un lugar vacío, como nido abandonado, y es la casa paterna donde aprendí a amarte, donde ensayé mis cantos de mayo, donde me vestía de blanco y de celeste para correr a arrodillarme a tu salida. Núblanse, sí, mis ojos, cuando en medio de días amargos te he visto aparecer sobre una tierra muda e indiferente a tu belleza y a tu historia, pero saludado

por los acordes de la montaña y de la llanura, de armonías, de palabras y sentimientos eternos. Séame dado volver a descubrir mi cabeza sobre la cima de la montaña que sombrea mi terruño nativo, ante tu aparición fantástica, el día de la gloria argentina. Y pueda también tu luz colorear el follaje del sauce que cubra mis huesos, en el pobre cementerio de mi aldea.

Es imposible borrar de la memoria aquel cuadro; el viejo tambor al frente, al lado del jefe; el maestro delante de nosotros; el pueblo rodeándonos; centenares de cabezas descubiertas y de rostros bañados de sol naciente, mientras el redoblante, la música y nuestras gargantas entonaban, cada uno en su lenguaje, la estrofa gloriosa:

Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad.
Oíd el ruido de rotas cadenas...

Cuando la canción concluía y el viejo tambor seguía bordando flores en el parche con sus manos rejuvenecidas, el sol ya empezaba a templar la atmósfera, a derretir la nieve de las calles y de los árboles, y sentíamos restaurado nuestro calor normal. Había que hacer callar al veterano, porque era hombre de redoblar todo el día 25, hasta ponerse el astro de la patria. Entonces se daba la voz de marcha y de vuelta a la escuela, donde el maestro nos obsequiaba con chocolate, o cuando los tiempos eran malos, nos enviaba a tomarlo en nuestras casas y a descansar hasta la hora de las fiestas escolares y de la despedida del sol, que se hacía repitiendo el canto y las desear-

gas. ¡Qué hermosa era la fatiga de aquel día! Nuestros padres no podían conseguir que cambiásemos de ropa; queríamos seguir vestidos de mayo los tres días que duraban en las casas, en los ranchos, y en los árboles las banderas de la fiesta, flotando incesantemente como bandadas de aves azules que revoloteasen sobre la villa.

JOAQUIN V. GONZALEZ.

LOS REYES MAGOS

Despertóse nervioso, calenturiento. Mal despierto y mal dormido toda la noche, despierto y dormido había soñado con la regia cabalgata de los Reyes Magos. Con los más ricos materiales recogidos en la realidad forjó la imaginación del niño deslumbradora comitiva: caballos empenachados, con rendajes de oro, y sobre ellos los reyes resplandecientes de joyas, y detrás los camellos cargados de tiendas enteras de juguetes y de cajas de dulces.

Apenas clareó el amanecer anhelado, de un brinco saltó de la cama y corrió al balcón, trémulo de curiosidad y de esperanza.

Tan pequeño que no alcanzaba a levantar la falleba, era un manojillo de nervios vibrantes, morenucho, con la piel fina de los niños morenos en que se transparentan las venas muy azules; los ojos en continuo abrir y cerrar; la nariz respingada; un feíllo con gracia para ser querido antes

que admirado; mimo de las madres, celosas siempre por femenino instinto, que aguzado en los hijos hermosos al verlos acariciados por todos, prefieren el menos atractivo, el que es de ellas "solo", el que sólo para ellas es lindo y gracioso.

Al ruidoso forcejear del niño para abrir el balcón, acudió una criada dando gritos.

—¡Demonio, que te vas a morir, vuelve a la cama!

—¡Los reyes! ¡Quiero ver lo que me han traído los reyes!

—¡Qué tonto, qué tonto!

Era el hermano mayor, que reía desde la cama al enterarse de lo ocurrido.

—Mira, mira — le decía al pequeño cuando la criada le subió en brazos a la cama —. Yo tengo ya mi regalo —. Y le enseñaba una moneda de las recién acuñadas —. Me dijo papá anoche: "¡Tú crees en eso de los reyes? ¡Tonto, más que tonto! Los reyes son papá y mamá..."

—¡Mentiroso! — gritó el pequeño con ira. — Han venido los reyes y me han traído muchas cosas, y a ti nada, porque me haces rabiar...

—¡Tonto, más que tonto! — seguía el otro implacable.

El pequeño rompió a llorar. Acudió el padre, desazonado por la gritería, de mal temple...

—¿Qué ocurre?

Explicado el caso, el padre, educador positivista, tomó desde luego el partido de la razón práctica.

—Tu hermano tiene razón; no hay tales reyes; esas son tonterías y los hombres no creen en esas cosas...

El niño quedó aterrado ante la severas afirmaciones de su padre. Sollozaba calladamente, con honda pena...

—¿Lo ves, lo ves? — le decía triunfalmente el mayor.

Y él lloraba, lloraba... Entró la madre:

—¿Qué tiene el niño? ¿Por qué llora?

—¡Déjale, por tonterías!

—¡Corazón! ¿Por qué lloras?

—Porque dice papá que no vienen los Reyes Magos; que no hay Reyes Magos...

El padre se disponía a insistir con mayor severidad; pero la madre le contuvo con una mirada:

—¿Te han dicho eso? ¡Por hacerte rabiar! ¡Sí hay Reyes Magos, sí, vida mía! Unos reyes muy buenos que quieren mucho a los niños...

Y secando a besos las lágrimas del hijo, iba contando la eterna leyenda, y el niño, al oírla, se abrazaba a ella como si, ansioso, se amamantara de nuevo al pecho de su madre y con hipo de risa y llanto desafiaba al padre y al hermano:

—¿Ves lo que dice mamá? ¿Ves cómo es verdad todo?

JACINTO BENAVENTE.

POESIAS

ODA A LA VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho,
de los soberbios grandes, el estado;
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
canta con voz su nombre, pregonera;
ni cura si encarama,
la lengua lisonjera,
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, y mortal cuidado?
¡Oh campo! ¡oh monte! ¡oh río!
¡oh secreto seguro deleitoso!

Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
un día, puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza o el dinero.
Despiértente las aves
con su cantar suave no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra, en esperanza, el fruto cierto.
Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar, corriendo, se apresura.
Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo
y con diversas flores, va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea,
con un manso rüido,
que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían,
cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida antena
cruje; y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.
A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste; y la vajilla
de fino oro labrada
será de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando;
a la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

Fray LUIS DE LEON.

COPLAS

A LA MUERTE DEL MAESTRE DON RODRIGO, SU PADRE

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor;
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Y pues vemos lo presente
cómo en un punto es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.
Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos

derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros, medianos
y más chicos;
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

JORGE MANRIQUE.

LA CALUMNIA

Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer;
puede también, de ese modo,
su fulgor oscurecer.

Pero aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno,
el valor que lo hace bueno
no perderá ni un instante,
y ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno.

RUBEN DARIO.

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al Occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.

Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suenan el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de **aquellas**
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,

Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño,

Mas si trocado el desmayo
En tempestad, de su seno
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hierre al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río,
Mudo, abismado y sombrío
Baja un jinete la falda,
Tinta de bella esmeralda;
Llega a las márgenes solas...
Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,

Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
—“¡El alma del viejo Santos!”

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

RAFAEL OBLIGADO.

FAUSTO

El amanecer

I

Ya la luna se escondía
Y el lucero se apagaba,
Y ya también comenzaba
A venir clariando el día.

¿No ha visto usted de un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir
Y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñado,
Caminaban las estrellas
A morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumario venía,
Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse
Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa,
Venir una mariposa
Y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera al cielo
Con un pingo comparar,
También podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

—¡No sea bárbaro, canejo!
¡Qué comparancia tan fiera!
—No hay tal: pues de zafino que era
Se iba poniendo azulejo.

¿Cuando ha dao un madrugón
No ha visto usté, embelesao,
Ponerse blanco-azulao
El más negro nubarrón?

El anochecer

II

El sol ya se iba poniendo.
La claridá se ahuyentaba
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía.
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas tropezaban.
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

EL NIDO DE CONDORES

(Fantasía)

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio a sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus tímpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron a su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Venecedor inclemente
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
“Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
De esta cumbre gigante”.

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué a posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio a su ardimiento
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva
Dando caza a las nubes en Oriente;
O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana — ¡inolvidable día!
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva —

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
¡La cólera rugiente,
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
—Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente y desgarró su entraña! (1)

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios los empuja!
¡Amor de patria y libertad los guía:
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
¡Van al morir o libertad un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: “¡Este es el grande”
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: “¡Mirad! ¡Esa es la gloria!”

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;

(1) Pasaje de los Andes, 23 de enero de 1817.

¡Y a sus roneos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó a su oído
Rugidos de marea;
Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin entre relámpagos de gloria
Vino a alzarla en sus brazos la victoria! (1).

Lanzó el Cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos.

(1) Batalla de Chacabuco, 12 de febrero de 1817.

V

Desde entonces, jinete del vacío,
 Cabalgando en nublados y huracanes,
 En la cumbre, en el páramo sombrío,
 Tras hielos y volcanes,
 Fué siguiendo los vívidos fulgores
 De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba
 Para verla pasar, y que en la lira
 De bronce de sus olas entonaba,
 Como un grito de ira,
 El himno con que rompe las cadenas
 De su cárcel de rocas y de arenas!

¡La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
 Noche de maldición, noche de duelo,
 En que desapareció como una estrella
 Tras las nubes del cielo;
 Y al compás de sus lúgubres graznidos
 Fué sembrando el espanto en los dormidos! (1).

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
 La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
 ¡El sol de libertad que aparecía
 Tras nublado profundo!
 Y envuelto en su magnífica vislumbre
 Tornó soberbio a la nativa cumbre.

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,
 En el calvo señor de la montaña!

(1) Sorpresa de Cancha Rayada, 19 de marzo de 1818.

Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez a sacudir las alas
Y a perderse en las nubes del Oriente.

¡A dónde va? ¡Qué vértigo lo lleva?
¡Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alee a su paso
Los himnos de victoria,
Volverá a saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo; ¡Este es el grande!

OLEGARIO V. ANDRADE.

PATRIA

Otra vez, otra vez entre luces
azules y blancas
los arcos triunfales
de la fiesta patria.
Y en la fría noche
de las remembranzas
estas muchedumbres
inmensas que pasan.

Algunos vinieron
de grandes distancias:
de Ukranias y Rusias,
de Egiptos y Arabias;
otros de estas tierras
divinas de Italia;
otros de la dulce,
de la dulce Francia;
otros de los lares
de la madre España.

Todos son ahora
linaje del Plata...
para enormes hechos
que el destino aguarda.
Trocaron sus cielos,
sus mares, sus playas:
todos sus recuerdos
por una esperanza.

Hijos que tuvieron
las sendas les marcan
allá por los Andes,
aquí por las pampas;

¡Una vida recta
y una senda clara,
desde los amores
hasta las batallas!

Hoy fué como siempre.
Cañón de la patria
saludó las nubes
cerúleas del alba.
Veintiún cañonazos
oyó la mañana,
todavía en sueños
por las lontananzas.

Veintiún cañonazos
que a misa llamaban,
llamaban a misa
de fe ciudadana.
Se rompió la noche,
se aclaraba el alba,
reía la aurora,
la luz se doraba.

Hoy fué como siempre
para fiesta patria.
Sombras del Cabildo
de la gran jornada,
convocadas fueron
de nuevo a la Plaza.

Hoy fué como siempre.
Cantaban las dianas,
y los regimientos,
a las doce dadas,
a un signo del jefe

presentaron armas.
Nadie se movía,
de piedra las caras,
de bronce los cuerpos,
de hierro las almas.

Juramento heroico
los pechos juraban
y el himno de todos,
por todos cantaba.

Pasad, muchedumbres
de la nueva raza,
bajo aquestas luces
azules y blancas.

Pasad muchedumbres
de la nueva raza.
¡Para todos, gloria!
¡Para todos, patria!

Tal dije yo un día
con voces del alma
por brindar a todos
la dicha más alta.
Mas la patria ahora
sus viejas palabras
por mi verso diga,
linajes del Plata.
De sus nobles fastos
las páginas abra;
los tiempos que fueron
de pronto renazcan.

Mas no solamente
gloriosos de hazañas

entre el incendiado
fragor de las armas.
También llegue el eco
de crónicas gratas,
de bellos decires,
de amables veladas.
No todos clarines
que gritan sus dianas;
también las canciones
y el son de guitarras.

Que así se nos muestre
graciosa la patria,
nuevecita en medio
de aromas de España,
o el año cuarenta
de sangre bañada,
con nosotros llore
sus trágicas lágrimas.

Los tiempos que fueron
cual fueron renazcan;
y al zaguán entremos
de antiguas moradas;
cruçemos el patio
tan lleno de plantas,
que al pasar pasamos
rozando sus ramas.
Asiento nos brinde
familiar la sala;
suene el pianoforte,
comience la danza;
o rompa el silencio
la niña que canta.

Los tiempos que fueron
cual fueron renazcan.
Varones de antaño
que nos disteis patria,
gozad vuestros goces,
vivid vuestras ansias;
dejad esas tiesas
posturas de estampas;
guardad los arreos,
descanse la espalda.

Llegad a la mesa;
yantad en confianza;
decid vuestras cosas,
tan simples y llanas;
vivid vuestras penas
y dichas amadas.
La ciudad es vuestra;
como era miradla.
Andad esas calles,
cruza^d esas plazas;
vivid cual entonces...
¡Renació la Patria!

Los tiempos que fueron
ya aquí se levantan,
para que los hijos
de extranjeras razas
con que hacer debemos
linaje del Plata,
aspiren dichosos
fragancias de patria.

Y pues que no oyeron
cantar en sus casas,

de abuelos y abuelas
historias lejanas,
que son de los pueblos
la esencia y el alma,
en mi verso escuchen
la voz legendaria.

¡Y va de romances,
linajes del Plata!

ARTURO CAPDEVILA.

EL NIDO AUSENTE

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia,
y en la arboleda la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

¡Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar,
y cantando llora el nido
que ya nunca ha de encontrar!

LEOPOLDO LUGONES.

LOS CAZADORES Y LA PERRILLA

Perra de canes decana
y entre perras protoperra,
era tenida en su tierra
por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
el más flaco de los canes,
era el rastro, eran los manes
de un cuasi-semi-ex--gozquejo;

Sarnosa era..., digo mal;
no era una perra sarnosa,
era una sarna perrosa,
y en figura de animal;

era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello;
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
la vieja al cerro subía
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.

MARROQUIN.

POESIA GAUCHESCA

El metro y la rima de la poesía gauchesca no son siempre regulares.

En general se trata de versos octosílabos (ocho sílabas) dispuestos en quintillas, en octavas o en décimas a veces asonantadas.

Las palabras sufren alteraciones, siendo las más comunes las siguientes:

eliminación de consonantes

dotor por doctor
inorante por ignorante

diptongación o transposición de vocales

naide por nadie

cambio de consonantes

güevo por huevo
agüela por abuela

modificación de los acentos

máistro por maestro
páis por país

eliminación de la "d" en los participios terminados en ado

cuñao por cuñado
finao por finado

MARTIN FIERRO

Observación

Al leer el siguiente pasaje de "Martín Fierro" se tendrán en cuenta las voces y giros dialectales, formas y expresiones pintorescas y muy propias en labios del gaucho, que no tienen cabida en el habla culta.

MARTIN FIERRO

¡Ah, negro! si sos tan sabio
no tengás ningún recelo:
pero has tragao el anzuelo
y al compás del instrumento
has de decirme al momento
cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero;
mas los blancos altaneros,
los mismos que lo convidan,
hasta de nombrarlo olvidan,
y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
y el negro, blanco lo pinta;
blanca la cara o retinta,
no habla en contra ni en favor;
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta advertencia,
que al presente viene a pelo,
veré, señores, si puedo,
sigún mi escaso saber,
con claridá responder
cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio;
lloran al cair el rocío,
cantan al silbar los vientos,
lloran cuando caen las aguas
cantan cuando brama el trueno.

MARTIN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores;
les mandó iguales dolores
bajo de una mesma cruz;
mas también hizo la luz
pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie;
no se trata de ofender;
á todo se ha de poner
el nombre con que se llama,
y a naides le quita fama
lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
que no se turba ni yerra;
y si en tu saber se encierra
el de los sabios projundos,
decime cuál en el mundo
es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
es escasa mi razón;
mas pa dar contestación
mi inorancia no me arredra:
también da chispas la piedra
si la gólpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
sigún mis pocos alcances;
forman un canto en la tierra
el dolor de tanta madre,
el gemir de los que mueren
y el llorar de los que nacen.

MARTIN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
bien dispuesta la garganta:
sos varón, y no me espanta
verte hacer esos primores:
en los pájaros cantores
sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
con el sino de cantar,
no te vayás a turbar
no te agrandes ni te achiques:
es preciso que me espliques
euál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
ninguno imitar pretiende;

de un don que de otro depende
naides se debe alabar,
pues la urraca apriende a hablar
pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdamé ingenio mío
para ganar esta apuesta;
mucho el contestar me cuesta
pero debo contestar:
voy a decirle en respuesta
cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
el mar, que todo lo encierra,
canta de un modo que aterra,
como si el mundo temblara;
parece que se quejara
de que lo estreche la tierra.

JOSE HERNANDEZ

BIOGRAFIAS

OLEGARIO V. ANDRADE

Nació en Entre Ríos en el año 1841. En la escuela de Gualeguaychú hizo sus primeros estudios, que luego siguió en el colegio nacional del Uruguay. Desde joven se destacó por sus poesías y el general Urquiza le propuso enviarle a Europa, pero no aceptó. Su estilo es grandioso; sus versos son grandielocuentes; deslumbra con sus imágenes y el alto vuelo de sus poesías. Sus principales poemas son "El nido de cóndores", "Atlántida", "Prometeo", "A Víctor Hugo", "San Martín". Tiene obras fantásticas, como "El astro perdido", "La Creación", etc. Murió en el año 1886.

NICOLAS AVELLANEDA

Nació en Tucumán en 1837; murió en el año 1885.

No solamente fué un gran político y eminente patriota, que desempeñó dignamente la presidencia de la República, sino que fué un gran literato de pensamiento elevado e impecable estilo. To-

das sus piezas literarias se destacan por la forma armoniosa y clásica.

Sus discursos, sus trabajos históricos y de crítica literaria, así como sus mensajes presidenciales, son modelos del decir, nutridos de elocuencia y sabiduría.

CALDERON DE LA BARCA

Nació en 1600 en Madrid y murió en 1681.

Es el más grande de los autores dramáticos españoles. Cultivó especialmente el teatro, para el que escribió obras profundas y originales: dramas, comedias y autos sacramentales.

En todas sus obras hay conceptos filosóficos, religiosos y políticos.

Una de las más famosas es "La vida es sueño", en la que se relata la leyenda de un príncipe encerrado en una torre, que luego es llevado al palacio de su padre y por último nuevamente encerrado. El príncipe termina por dudar de si su aventura es realidad o es sueño.

Otras de sus obras notables es "El alcalde de Zalamea", donde el protagonista es un labrador (Pedro Crespo), quien al ser nombrado alcalde procede con energía contra un militar que le había ofendido.

ARTURO CAPDEVILA

Nació en Córdoba en el año 1889.

Es uno de los escritores y poetas argentinos contemporáneos de mayor prestigio, por la obra

fecunda que viene realizando, por la belleza e inspiración de su poesía, especialmente de sus celebrados romances, y por la erudición histórica que refleja en su obra en general.

Entre sus mejores producciones poéticas debemos citar: "Melpómene", "Jardines solos", "El poema de Nenúfar", "El libro de la noche", "Simbad", "Los romances argentinos", etc.

En prosa ha publicado "Las vísperas de Caseros", "Dharma", "La santa furia del padre Castañeda", etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El más grande de todos los escritores españoles de todos los tiempos, es Miguel de Cervantes Saavedra, considerado como el primer novelista del mundo.

Nació en Alcalá de Henares en octubre de 1547 y murió en Madrid el 23 de abril del año 1616.

Estudió en Madrid y siendo joven pasó a Roma. En la lucha naval contra los turcos se alistó como soldado y peleó en la batalla de Lepanto, donde un enemigo le destrozó el brazo izquierdo, quedando manco. Es por esta razón que a Cervantes se le llama "El Manco de Lepanto".

Cuando volvía a su patria, los mahometanos apresaron la galera en que viajaba y fué tomado preso; cinco años estuvo cautivo en Argel, padeciendo duros sufrimientos.

Los frailes mercedarios lo rescataron al fin, mediante el pago de 500 escudos, pudiendo así volver a España, donde para ganarse la vida se dedicó a la literatura.

Escribió versos y dramas; una novela pastoril, "La Galatea", y la serie de "Novelas ejemplares" en la que merecen destacarse "Rinconete y Cortadillo", "El coloquio de los perros", "La tía fingida" y "El licenciado Vidriera".

Como la literatura poco le producía, atendía también otros menesteres, como el de recaudador de contribuciones.

A raíz de una rendición de cuentas estuvo preso en un pueblo manchego y fué allí donde se dice que comenzó a escribir su obra inmortal, "El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", el libro más conocido en el mundo después de la Biblia.

ESTANISLAO DEL CAMPO

Nació en Buenos Aires en el año 1834; murió en 1880. Alcanzó una gran celebridad con su poema gaucho de carácter cómico titulado "Fausto o impresiones del gaucho Anastasio el Pollo". Este asistió en Buenos Aires a una función del viejo Teatro Colón, en el que se representaba la obra de Gounod "Fausto", y todo lo que allí vió se lo relata a su aparcerero y amigo Laguna. La imaginación del gaucho convierte en realidad la ficción del teatro, al punto de que cree haber visto de verdad al diablo. El poema "Fausto" está lleno de imágenes pintorescas y de un agradable humorismo.

JACINTO BENAVENTE

Célebre autor dramático español. Nació el 12 de agosto de 1866 en Madrid.

Dedicado a la literatura desde muy joven, se inició con "Versos" y "Teatro fantástico", obras que pasaron inadvertidas.

La publicación de "Cartas de mujeres" comenzó a darle cierta nombradía. "El nido ajeno", su primera producción teatral, lo hizo famoso de golpe. Se le consideró como uno de los más grandes autores teatrales españoles, por la gracia, el ingenio y el interés que emana de sus dramas y comedias, como así también por la forma galana, el estilo elevado y correcto de su prosa.

El teatro de Benavente, originalísimo y personal, llena un capítulo de la historia literaria de España.

Su producción fecunda comprende obras de fama universal, como "Los intereses creados" y tantas otras, entre las que podemos mencionar las siguientes:

"La Farándula", "La corrida de las fieras", "Gente conocida", "La malquerida", "La escuela de las princesas", "La noche del sábado", "La fuerza bruta", etc.

FRAY LUIS DE LEON

Nació en 1527 en Granada y murió en 1591. Era un monje agustino; fué procesado por la Inquisición y encarcelado cinco años por haber traducido el "Cantar de los Cantares" de Salomón, al lenguaje vulgar.

Se distinguió en sus obras describiendo la vida apacible, serena, contemplativa.

Es autor de "La perfecta casada".

JORGE MANRIQUE

Nació en el año 1440 y murió en 1479. Se distingue por la delicadeza del sentimiento. La "Elegía" que escribió con motivo de la desaparición de su padre se considera su obra maestra:

“Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
como se viene la muerte
tan callando...”

LEOPOLDO LUGONES

Nació en Río Seco, provincia de Córdoba, el 13 de julio de 1874. Pertenecía a la familia de un militar que tomó parte en las guerras de la independencia: Lorenzo Lugones. Desde muy joven Leopoldo Lugones puso en evidencia su espíritu inquieto. Abandonó sus estudios y se dedicó a la bohemia literaria, escribiendo versos y recorriendo los paisajes serranos de su provincia natal. Apenas llegó a Buenos Aires comenzó a escribir en los periódicos, llamando la atención por su vigoroso talento de periodista y la inspiración de sus versos. Sus primeros artículos, de tendencias revolucionarias, provocaron violentas polémicas. Lugones no solamente llegó a ser un gran poeta y un notable prosista, sino que fué también un estudioso, un verdadero erudito dedicado con empeño y entusiasmo a la investigación en los problemas de la lengua castellana. Publicó numerosas obras de versos, prosa, histo-

ria, sociología, educación, etc. Anotaremos entre las principales las siguientes: "Las montañas del oro", poema en prosa rítmica a la manera de Víctor Hugo en la "Leyenda de los siglos"; "Los crepúsculos del jardín", delicadas poesías; "Lunario sentimental", "El libro de los paisajes". La "Historia de Sarmiento" es una notable exposición de la vida del gran educador; "Didáctica" es una obra pedagógica; "El imperio jesuítico" una obra de historia; "La guerra gaucha", "Las fuerzas extrañas", "Piedras luminaras", etc. Leopoldo Lugones murió en 1938.

ARMANDO PALACIO VALDES

Célebre novelista y crítico español. Nació en Asturias en octubre de 1853. Estudió la carrera de Derecho en Madrid; con varios jóvenes fundó un periódico satírico titulado "El Rabagas". Actuó en varios diarios y dirigió la "Revista Europea". Publicó entonces "Los novelistas españoles", "Los oradores del Ateneo", "Nuevo viaje al Parnaso", libros de crítica literaria. Su primera novela, "El señorito Octavio", tuvo un gran éxito. Publicó después "El idilio de un enfermo", "Riverita", "Maximina", "La hermana San Sulpicio" (una de las más conocidas), "El maestrante", "Los majos de Cádiz", etc. "La novela de un novelista" es una hermosa obra llena de enseñanzas para los niños, pues en ella el autor habla de su infancia y adolescencia en forma amena, interesante y entretenida. Palacio Valdés es considerado uno de los más grandes novelistas españoles. Murió en Madrid en 1938.

BARTOLOME MITRE

Nació en Buenos Aires en el año 1821; murió en 1906. Fué uno de los más altos espíritus de América; sintió una honda pasión por el estudio; como Sarmiento, fué un gran autodidacta y logró alcanzar una cultura extraordinaria. Muy joven aún publicó sus primeras poesías, "Ecos de mi lira", a las que siguieron "Rimas". Sus publicaciones históricas le hacen acreedor al título de gran historiador argentino. La "Historia de Belgrano" y la "Historia de San Martín" son obras maestras y definitivas sobre los asuntos que tratan. Están escritas con imparcialidad y en un estilo elevado. Publicó además "Arengas", "Páginas de historia", traducciones de la "Divina Comedia" de Dante y de las "Odas" de Horacio. Como periodista fundó el diario "La Nación".

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

El genial Sarmiento es considerado como uno de los escritores y pensadores más grandes de América. Nació en San Juan el 15 de febrero de 1811. Murió en Asunción del Paraguay el 11 de septiembre de 1888. Fué un gran autodidacta, pues se educó e instruyó a si mismo. Era infatigable y tenaz en el estudio; su cultura intelectual llegó a cumbres extraordinarias. Fué tan insigne ciudadano y patriota, que alcanzó el alto honor de ser presidente de la Nación Argentina. En 1839 fundó en San Juan el periódico "El Zonda". Tuvo después que pasar a Chile, perseguido por el gobierno de Rosas. Allí escribió formidables

artículos para los diarios "El Nacional", "El Mercurio", "El Heraldo Argentino" y otros. Publicó en 1845 su obra estupenda "Facundo, o civilización y barbarie". Trata especialmente del caudillo Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, al que consideraba como un producto del ambiente social de esa época. Su estilo es magnífico y se revela como sociólogo, historiador y político. Aprovechando lo que había aprendido en sus viajes por Europa y Estados Unidos, publicó el libro "La educación popular". Su obra "Recuerdos de provincia" es emotiva y conmovedora porque habla de los primeros años de su vida, despertando delicados sentimientos. También son notables sus obras "Conflictos y armonías de las razas en América" y "Argirópolis", donde habla de la ciudad del Plata. Fué además un orador vigoroso, siendo inolvidables sus discursos parlamentarios. Como patriota sólo le preocupó un ideal: elevar la cultura del pueblo argentino.

RAFAEL OBLIGADO

Gran poeta argentino, nació en Buenos Aires el 27 de enero de 1851. Pertenecía a una familia de buena posición económica que le permitió dedicarse desde muy pequeño al cultivo de las brillantes condiciones literarias que poseía. Estudió literaturas clásicas, hebrea, griega, latina y española. Pero su obra poética arranca de la entraña misma de la tradición. Los paisajes, los tipos, las escenas que pinta con maestría reflejan el alma popular. Se le ha considerado el "poeta nacional por excelencia". En 1885 se publicó en

París la primera edición de su obra poética. Tanto Menéndez y Pelayo como Valera la elogiaron calurosamente. Es autor del famoso poema "Santos Vega". Murió en Mendoza en 1920.

RUBEN DARÍO

Notable poeta americano, de renombre universal. Nació en Nicaragua (León) en 1864.

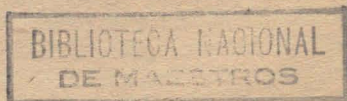
Se dice de Ruben Darío que supo crear "una lengua poética enteramente suya".

Sus versos armoniosos, musicales, "nos ofrecen como algo exótico, como algo inusitado y sorprendente, pero que desde luego seduce y encanta".

Se ha comparado su talento innovador dentro de la poesía con el talento innovador de Wagner dentro de la música.

Por su manera personalísima ha sido difícil imitarle.

Entre sus principales obras citaremos "Los raros", "Azul", "Prosas profanas", "Abrojos", "Primeras notas", "Rimas", etc.





INDICE

Pág.

LENGUAJE

EJERCICIOS DE IDIOMA. Giros causales ..	7
Giros temporales	8
Giros comparativos	8
Ejercicios con antónimos	10
Ejercicios con parónimos	12
Vicios de dicción	14
COMPOSICION. Ejercicios de coordinación ..	16
El uso de "pero" y "sino" según la Academia ..	18
Empleo de las voces "más" y "mas"	19
Paralelos	19
Ejercicios de enunciación	21
ORTOGRAFIA.	23
Acento ortográfico	25
Palabras mal acentuadas	26
Reglas de acentuación	26
Diversas reglas para el uso del acento	28
Reglas ortográficas referentes al uso de ciertas letras	32

NOCIONES GRAMATICALES. Nociones morfológicas y sintácticas. Sujeto lógico y gramatical	37
Predicado nominal y verbal	38
Nociones sobre el sustantivo. (Revisión)	38
Los sustantivos abstractos y concretos	39
Sustantivos colectivos	40
Adjetivos	40
Accidentes del verbo	41
Clasificaciones del verbo	42
Conjugación completa de un verbo (amar) ...	44
Derivados verbales: el gerundio	48
El participio	48
El pronombre	50
El adverbio	51
Frasas adverbiales	52
La preposición	52
Preposición inseparable o prefijo	53
La conjunción	54
Modos conjuntivos	55
La interjección	55
Modos interjectivos	56

LITERATURA

PROSA

La lectura. Su importancia según Avellaneda .	59
Normas para interpretar una página literaria, según Arturo Marasso	60
El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Cervantes	61
Recuerdos de provincia, por Sarmiento	66
La novela de un novelista, por Palacio Valdés .	77
Oración a la Bandera, por Nicolás Avellaneda .	84
La vida es sueño, por Calderón de la Barca ...	85
Las cuentas del Gran Capitán, por Bmé. Mitre	89
Discurso de la Bandera, por D. F. Sarmiento ..	96
La escuela, por Joaquín V. González	99
Los Reyes Magos, por J. Benavente	109

POESIAS

Oda a la vida retirada, de Fray Luis de León ..	115
Coplas, de Jorge Manrique	118
La calumnia, de Rubén Darío	119
El alma del payador, de Rafael Obligado	119
Fausto, de Estanislao del Campo	122
El nido de cóndores, de Olegario Andrade ...	125
Patria, de Arturo Capdevila	133
El nido ausente, de Leopoldo Lugones	138
Los cazadores y la perrilla, de Marroquín	139
<i>Poesía gauchesca</i>	140
Martín Fierro, de José Hernández	141

BIOGRAFIAS

Olegario V. Andrade	147
Nicolás Avellaneda	147
Calderón de la Barca	148
Arturo Capdevila	148
Miguel de Cervantes Saavedra	149
Estanislao del Campo	150
Jacinto Benavente	150
Fray Luis de León	151
Jorge Manrique	152
Leopoldo Lugones	152
Armando Palacio Valdés	153
Bartolomé Mitre	154
Domingo Faustino Sarmiento	154
Rafael Obligado	155
Rubén Darío	156

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL TOR EL DIA 15
DEL MES DE MARZO DEL
AÑO MIL NOVECIENTOS
CUARENTA



LECTURAS INFANTILES

E. DE AMICIS, Corazón.

Un libro encantador, lleno de emocionantes pasajes.

M. DANTAS LACOMBE, El grumete de la Santa María.

Bella colección de cuentos a cual más apasionante.

SAMANIEGO, Fábulas ilustradas.

La mejor colección que se ha hecho de este autor.

IRIARTE, Fábulas ilustradas.

Hermosísimo conjunto, lleno de morales enseñanzas.

ESOPO, Fábulas ilustradas.

Las más antiguas, las más célebres... y las mejores.

JUAN MANUEL, El Conde Lucanor.

Una ingeniosísima joya de la literatura clásica.

ALARCON, El Capitán Veneno.

Otra joya literaria ya en camino de ser clásica.

SARMIENTO, Recuerdos de Provincia.

Emotiva obra, que debe leer todo niño argentino.

CANE, Juvenilia.

Divertido relato de la vida estudiantil del autor.

SWIFT, Viajes de Gulliver.

Fantásticas aventuras en un gran país maravilloso.

KIPLING, El libro de las tierras vírgenes.

Obra encantadora, que nos hace amar la naturaleza.

DE FOE, Robinsón Crusoe.

Odisea de un marino solitario en una perdida isla.

CADA TOMO \$ 1.-

En las buenas librerías o en la

Maipú 241 - Editorial TOR - Bs. Aires